

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 204

20 DE ENERO DE 1878.

AÑO V.

LA TEORIA DE LA EVOLUCION

EN SUS RELACIONES CON LA FILOSOFÍA NATURAL.

No hay doctrina, desde hace más de diez años, que se haya apoderado tan vigorosamente de la atención general, ni que tan vigorosamente haya removido nuestras más íntimas convicciones, como la teoría nuevamente restaurada de la evolución y la filosofía monística que con ella se relaciona.

Únicamente por medio de ella se puede resolver la cuestión de las cuestiones, la cuestión fundamental entre todas, de *la colocación del hombre en la naturaleza*. Siendo el hombre la medida de todas las cosas, los últimos fundamentos, los más altos principios de toda ciencia, dependen naturalmente del lugar que nuestros progresos en el conocimiento del mundo señalan al hombre mismo en la naturaleza.

Sabido es que á Carlos Darwin es á quien principalmente debe la actual doctrina de la evolución su situación preponderante. El fué, en efecto, el primero que rompió la dura capa de hielo de las preocupaciones reinantes, animado por la misma idea de la unidad de desarrollo del mundo que, en el siglo último agitaba á nuestros más grandes pensadores y poetas, á cuya cabeza se debe colocar á Kant y Goethe. Al fundar su teoría de la selección, la doctrina del escogimiento natural en la lucha para la existencia, ha dotado Darwin de sólidas bases la parte biológica, la más importante de la teoría general de la evolución, que ya al principio de nuestro siglo empezó á conocerse con el nombre de derivación de los seres ó teoría de la descendencia.

En vano la vieja filosofía de la naturaleza fué combatida otras veces por esta última; ni Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire en Francia, ni Oken y Schelling en Alemania han podido hacerla triunfar. Cincuenta años hace hoy precisamente que Oken inauguró en Munich sus lecciones académicas sobre la doctrina de la evolución. Este mismo profundo zoólogo y filósofo entusiasta fué quien, impulsado por su ardiente deseo de unificar la ciencia, convocó en Iena, en 1822, el primer congreso de los naturalistas alemanes. Sólo por esto tiene ya un perfecto derecho á nuestro reconocimiento.

La filosofía natural no podía entonces hacer otra cosa que dirigir el plan general y colocar las primeras piedras del gran edificio de la unidad de desarrollo. Los materiales necesarios para su ejecución se han reunido despues, gracias á los esfuerzos de un enjambre de operarios laboriosos y asíduos. Una prodigiosa literatura, un notable perfeccionamiento en los métodos de indagación, constituyen la prueba más clara de los asombrosos progresos de las ciencias naturales durante el citado período de tiempo. Pero también la extensión ilimitada del campo de observación y la división de trabajo que ha sido su consecuencia, han contribuido á la funesta dispersión de las fuerzas; el interés inmediato de las observaciones de detalles ha hecho olvidar completamente el más elevado fin de la averiguación de las leyes generales.

Durante la época más floreciente de esas activas indagaciones, de 1830 á 1859, las dos principales ramas de la historia natural han partido de principios diametralmente opuestos. Consideremos en primer lugar el desarrollo de la tierra. Desde 1830, desde la publicación de los *Principios de geología* de Lyell, la idea de que nuestro planeta no existía por un acto de creación sobrenatural, que no había pasado por una serie de revoluciones tan radicales como místicas, sino que más bien se había ido formando poco á poco, naturalmente, por consecuencia de un desarrollo progresivo y no interrumpido, se fué extendiendo cada vez más.

En la historia del desarrollo de los seres vivos, por el contrario, se concedió la mayor confianza al antiguo mito inadmisibles, según el cual cada especie animal ó vegetal, á ejemplo del hombre, debió ser creada con independencia de las demás. Estas creaciones se sucederían en series, sin lazo alguno de filiación entre ellas.

Tan chocante contradicción entre las doctrinas, —la teoría del desarrollo natural de los geólogos y el mito de la creación sobrenatural de los naturalistas,—ha sido resuelta por Darwin en 1859 en favor de los primeros. Desde entonces no tenemos inconveniente en admitir que la formación y las transformaciones de los seres vivos que habitan nuestro globo, obedecen á las grandes leyes eternas de una evolución mecánica, como la tierra misma, como todo el sistema del mundo.

Hoy no tenemos ya necesidad, como sucedió ha-

ce catorce años en el *Congreso de los naturalistas* en Stettin, de reunir las pruebas de la nueva teoría de la evolución fundada por Darwin. El conocimiento de esta verdad se ha abierto camino de la manera más satisfactoria; y en el campo de las indagaciones, en el vasto estudio de las formas orgánicas ó *morfología*, se le reconoce ya por todas partes como la base más importante de esta ciencia. La anatomía comparada y la embriología, la zoología y la botánica sistemáticas, no pueden ya prescindir de la teoría de la descendencia. Ella solamente puede aclarar las misteriosas relaciones de las innumerables formas orgánicas entre sí, es decir, ajustarlas á sus causas mecánicas. Sus semejanzas se explican como la consecuencia natural, como una *herencia* de una forma de ascendencia común; y sus diferencias como el efecto necesario de una *adaptación* á las diversas condiciones de existencia. Únicamente por la teoría de la descendencia se explican tan sencilla como naturalmente los resultados de la paleontología, de la corología y de la *ækología* (1); únicamente por ella comprendemos la razón de ser de esos órganos rudimentarios tan notables, de esos ojos que no ven, de esas alas que no vuelan, de esos músculos que no se contraen, de todas esas partes inútiles del cuerpo que embarazan la teleología reinante. Esos órganos demuestran claramente que la conformidad con el fin, en la estructura de las formas orgánicas no es general ni perfecta; no proceden de un preparado plan de creación, pero han sido necesariamente producidos por el encuentro accidental de causas mecánicas (2).

El que ante hechos tan importantes exigiera hoy todavía pruebas en favor de la teoría de la descendencia, sólo demostraría una cosa: su falta de conocimientos y de luces. Muy distinta cuestión será pedir pruebas exactas y verdaderamente experimentales. Esta exigencia que á menudo se ha manifestado proviene del error muy generalizado de que todas las ciencias naturales pueden ser *ciencias exactas*. Y solo hay verdaderamente una parte muy pequeña de las ciencias de la naturaleza que sea exacta: la que se funda en las matemáticas; en primer lugar, la astronomía y la alta mecánica; después la mayor parte de la física y de la química, una buena parte de la fisiología y sólo una pequeñísima porción de la morfología.

(1) *Corología*, tratado de la diseminación geográfica y topográfica de los organismos. *Ækología*, tratado de la habitación, de los medios de existencia y de las relaciones de los organismos entre sí.

(2) La *disteología* es el tratado de los órganos rudimentarios en cuanto se oponen á la conformidad con el fin de la doctrina de las causas finales ó *teleología*.

En este último dominio biológico, los fenómenos son demasiado complicados, demasiado variables para que podamos, en general, emplear el método matemático. Por más que se pueda exigir en principio fundamentos exactos y hasta matemáticos para todas las ciencias, y por más que se admita la posibilidad, es absolutamente imposible satisfacer esta condición en casi todas las ramas de la biología. El método *histórico*, histórico-filosófico, reemplaza en ellas, con preferencia, al método exacto físico-matemático.

Esto es cierto, sobre todo en morfología. No llegamos, en efecto, al conocimiento científico de las formas orgánicas, sino por la historia de un desarrollo. El gran progreso de nuestra época en esta parte de la ciencia consiste en que hemos llevado la inteligencia y el objeto de la historia del desarrollo, infinitamente más lejos de lo que se había visto antes de Darwin. Hasta él sólo se consideraba con el nombre de desarrollo del individuo organizado, lo que hoy llamamos *embriología* ú *ontogonía*. El botánico estudiaba la planta naciendo del grano, el zoólogo la formación del animal en el huevo; uno y otro creían, al hacer esta historia embriológica, dar por terminada la cuestión morfológica. Nuestros más grandes embriólogos, Wolff, Baer, Remack, Schleiden y toda la escuela formada por ellos hasta estos últimos tiempos, nunca han comprendido más que la embriología individual. Hoy se nos presentan muy distintos los misteriosos fenómenos de la embriología. Ya no son enigmas incomprensibles: vemos su profunda significación. Según las leyes de la herencia, los diversos estados que el embrión reviste á nuestros ojos en un corto espacio de tiempo, no son más que una repetición condensada y abreviada de los cambios de forma correspondientes, que los ascendientes del organismo considerado han sufrido en el transcurso de muchos miles de años. De un huevo de gallina, puesto en la máquina de incubación, vemos salir, al cabo de veintiun días, un pollito; ya no nos quedamos mudos de asombro ante los cambios milagrosos que nos conducen desde una simple célula ovular á la gastrula de doble lámina, de esta al embrión vermiforme y acéfalo, y de este último á las formas embrionarias más elevadas, que realizan la organización de un pez, de un anfibio, de un reptil, y finalmente de un pájaro.

La conexión inmediata, original, que existe entre la embriología del individuo y la historia genealógica de sus ascendientes, constituye nuestra ley biogenética fundamental, y se formula en esta corta frase: *la embriología es un compendio de la genealogía*, con las leyes de la herencia por condición. Este resumen palingenésico no se altera mo-

mentáneamente sino cuando interviene, por efecto de la adaptacion á las condiciones de la vida embrionaria, modificaciones cenogenéticas.

El sentido filogenético de los fenómenos embriológicos es hasta ahora la única explicacion que se puede dar, explicacion confirmada en el más alto grado y completada por los resultados de la anatomía comparada y de la paleontología. A la verdad, todo esto no puede probarse exacta ni experimentalmente. Porque todos esos datos biológicos, por la naturaleza misma de las cosas, superan á las ciencias naturales históricas y filosóficas. Su objeto comun es conocer los hechos históricos que, en el trascurso de muchos miles de años, se han presentado en la superficie de nuestro planeta mucho tiempo antes de la venida del género humano. Su comprobacion inmediata y exacta se halla fuera de los límites de lo posible.

Sólo por el empleo crítico de los archivos históricos, por una especulacion tan prudente como atrevida, es dado aproximarse directamente á la verdad. La filogenia utiliza los documentos y los aprecia, segun el método de las demás ciencias históricas. Del mismo modo que el historiador, por medio de crónicas, de biografías, de cartas particulares, nos reseña fielmente sucesos ocurridos hace mucho tiempo; así como el arqueólogo, por el estudio de las esculturas, de las inscripciones, de los utensilios que encuentra, llega á conocer el estado de civilizacion de un pueblo que hace mucho tiempo desapareció; de igual manera que el lingüista nos demuestra, comparando las lenguas afines, sea en un estado actual, sea en sus más antiguos monumentos literarios, que se han desarrollado y que proceden de una lengua madre comun; así el naturalista, por el empleo crítico de los archivos filogenéticos de la anatomía comparada, de la ontogonía, de la paleontología, llega á conocer aproximadamente los hechos que en el trascurso de inmensurables períodos han producido cambios en las formas de la vida orgánica sobre nuestro globo.

La historia genealógica de los organismos, ó la filogenia, no puede descansar sobre bases más exactas ni más experimentales que su hermana mayor y más favorecida la geología. Y sin embargo, el valor científico de esta última está hoy reconocido por todo el mundo. Sólo el ignorante puede sonreír todavía de incredulidad al oír asegurar que las imponentes montañas de los Alpes, cuyas crestas, cubiertas de nieve, brillan de lejos á nuestros ojos, no son más que légamos marinos petrificados. La estructura estratificada de aquellas montañas y los fósiles que encierran no ofrecen ninguna otra explicacion, si bien esto no puede probarse de una manera exacta.

Hoy todos los geólogos se hallan conformes en admitir una sucesion, una clasificacion determinada de los lechos alpestres; y, sin embargo, se trata de un sistema estratigráfico que no existe por completo en ninguna parte sobre la tierra. Nuestras hipótesis filogenéticas, ¿no tienen el mismo valor que las hipótesis geológicas generalmente admitidas? La única diferencia que hay entre ellas consiste en que el vasto conjunto hipotético de la geología es incomparablemente más completo, más sencillo, más fácil que el de la filogenia.

Las ciencias naturales históricas, la geología y la filogenia constituyen un lazo sólido entre las ciencias naturales exactas por una parte, y las ciencias de carácter puramente histórico, por otra. Por esto la biología en general, pero especialmente la zoología y la botánica sistemáticas se elevan verdaderamente al rango de historia natural, título de honor que llevan desde hace mucho tiempo, pero que sólo hoy merecen. Si estas mismas ciencias se designan todavía muchas veces, hasta oficialmente, como ciencias naturales descriptivas, por oposicion á las ciencias explicativas, únicamente se prueba con ello cuán falsa idea se ha tenido hasta ahora de su verdadera mision. Desde que el sistema natural de los organismos es considerado como la expresion de su árbol genealógico, la sistemática, tan seca en sus descripciones, ha cedido el puesto á la historia más viva de la genealogia de las clases y de las especies.

Cualquiera que sea el valor que concedamos al inmenso progreso de la morfología, no basta por sí solo á explicar la accion extraordinaria de la doctrina actual de la evolucion en la ciencia general, ó filosofía natural. Esta influencia depende más bien, como es sabido, de las especiales consecuencias de la teoría de la descendencia aplicada al hombre. La cuestion secular del origen de nuestra especie se halla por primera vez resuelta por ella en un sentido científico. Si la doctrina de la evolucion es verdadera en general, si realmente hay una genealogía natural é historia de los seres, el hombre tambien, el rey de la creacion, procede de la rama de los vertebrados, de la clase de los mamíferos, de la subclase de los placentarios, del orden de los monos. Ya en 1735 se clasificaba al hombre entre los monos y los queiropteros en el orden de los primados. Posteriormente ningun zoólogo ha podido separarlo de los mamíferos. Conclusion: este lugar que unánimemente se le ha designado en clasificacion, solo significa filogenésicamente que es una rama de aquella clase de animales.

En vano se ha pretendido destruir tan significativa consecuencia de la doctrina de la evolucion; en vano se ha tratado de hacer una excepcion en

14 favor del hombre; en vano se ha construido para él una línea de ascendencia separada del árbol genealógico de los vertebrados. Los documentos filogenéticos de la anatomía comparada, de la ontogenia y la paleontología, hablan demasiado claramente en favor de una derivación única de todos los animales vertebrados, procedentes de un solo origen común, para que podamos dudar todavía. Ningún lingüista que compare, admite la posibilidad de que lenguas como el alemán, el ruso, el latín, el griego y el indio, tan diversas, sin embargo, procedan de diferentes lenguas madres. Más aun: todos están conformes, por consecuencia del estudio crítico de la estructura y del desarrollo de esas distintas lenguas, en afirmar que todas ellas proceden del ariano ó indogermánico. Del mismo modo todos los morfólogos se hallan convencidos de que todos los vertebrados, desde el *amphioxus* hasta el hombre inclusive, de que todos los peces, anfibios, reptiles, pájaros y mamíferos, descienden de un solo vertebrado primitivo. No se puede suponer, en efecto, que las condiciones vitales, tan diversas, tan complejas, que por una larga serie de procesos evolutivos han conducido á la creación de un vertebrado tipo, se hayan producido más de una vez en el curso de la tierra.

Para nuestro tema sólo interesa lo concerniente al origen animal del hombre. No nos detendremos, pues, en los estados inferiores de nuestra genealogía. Únicamente recordaremos de paso, que los más altos grados se hallan hoy sólidamente establecidos, gracias á los preciosos trabajos de excelentes morfólogos en cuya primera fila figuran Gegenbaur y Huxley.

Es verdad que todavía suele afirmarse que sólo se trata de la procedencia, del origen del cuerpo humano, y no de nuestras facultades intelectuales. Para refutar esta seria objeción, debemos, ante todo recordar el hecho fisiológico de que nuestra vida está inseparablemente ligada á la organización de nuestro sistema nervioso central. Además, éste se halla dispuesto y se desarrolla como el de los vertebrados superiores; según las averiguaciones de Huxley, las diferencias de estructura entre el cerebro del hombre y el de los monos superiores, son mucho menores que las que existen por el mismo concepto entre los monos superiores y los inferiores. Por otra parte, la función ó el trabajo de un órgano no se concibe sin el órgano mismo; y la función se desarrolla siempre simultáneamente con el órgano.

Estamos, pues, obligados á admitir que nuestras facultades psíquicas se han desarrollado lentamente, gradualmente en relación con la edificación filogenética de nuestro cerebro.

Por lo demás, la gran cuestión del *alma* se nos presenta hoy bajo muy distinto aspecto que hace veinte años y aún diez. De cualquier modo que se represente la unión del alma y el cuerpo, del espíritu y la materia, resulta claramente de la teoría de la evolución que toda materia orgánica, por lo menos, sino toda materia en general, se halla en cierto sentido provista de propiedades intelectuales. Los progresos de las indagaciones microscópicas nos han enseñado, que las partes anatómicas elementales de los órganos, las células poseen en general una vida individual psíquica. Desde hace cuarenta años, es decir, desde la época en que Schleiden fundó en Iena la teoría celular del reino vegetal, teoría que fué aplicada enseguida al reino animal por Schwann, atribuímos á los seres microscópicos una vida individual propia. Son los verdaderos *individuos de primer orden*, los organismos elementales, según Brücke. La fecunda aplicación que Virchow ha hecho en su *Patología celular* de la teoría en cuestión á la medicina en general, supone que las células no deben ser consideradas como materiales inertes, pasivos del organismo, sino como ciudadanos vivos y activos de un mismo Estado.

Esta manera de ser se apoya, en fin, en el estudio de los infusorios, amebas y otros organismos uni-celulares. En las células únicas, viviendo aisladas, encontramos las mismas manifestaciones de vida psíquica, sensación y percepción, voluntad y movimiento, que entre los animales superiores constituidos por numerosas células. Lo mismo en las células sociales que en las solitarias, la vida psíquica reside en una sustancia importantísima, el protoplasma. Vemos aún que algunos organismos de los más rudimentarios, simples partículas de protoplasma desunidas, poseen igualmente sensación y movimiento como la célula entera. Según esto, debemos admitir que el *alma celular*, base de la psicología científica no es más que un compuesto, es decir, la suma de las propiedades psíquicas de las moléculas protoplásmicas, cuyas moléculas son consideradas como factores elementales de toda propiedad vital. Son, por decirlo así, los átomos orgánicos, los átomos de los fisiólogos.

E. HAECKEL.

(Concluirá)

TEORIA DEL VALOR.

INTRODUCCION.

Siempre se ha propuesto el espíritu humano problemas que no podía resolver, y la audacia de sus pretensiones ha estado constantemente en razon directa de su ignorancia, en lo cual no ha hecho sino ceder, creemos á un exceso de ardor, debido á su naturaleza generosa: pero desgraciadamente ese mismo ardor, excitándole á conocerlo todo, le arrastraba de igual modo á la presuncion de saberlo todo, lo cual constituye su gran debilidad; porque el mayor enemigo de la ciencia es: la presuncion de saber lo que se ignora, puesto que, poseido el espíritu por esa presuncion, desiste de todo trabajo en busca de la verdad.

Hasta poco há relativamente, no ha comenzado á saber el espíritu humano, y la ciencia que posea ya, la debe en gran parte á la moderacion de sus aspiraciones, y esta á su vez, á que, despues de haber ejercitado sus fuerzas durante mucho tiempo, conoció mejor su alcance; á que las muchas decepciones y caídas le enseñaron á conocerse ménos mal á sí mismo; y en fin, á que cada día es más libre.

Un hecho que parece indudable, á quien juzgue sin espíritu de partido y sin pasion, es que desde el principio de este siglo en particular, las ciencias físicas y las naturales han progresado con mucha mayor rapidez que las morales y políticas; cuyo hecho no puede explicarse, puesto que es el mismo espíritu el que se aplica á todas esas ciencias á la vez, sino por la circunstancia de que es más moderado y más libre cuando se aplica á las primeras que cuando á las segundas. En efecto, las ciencias físicas no implican nada sobrenatural; para cultivarlas no hay necesidad de exaltarse hasta el delirio, hasta el éxtasis, es decir, desconocerse y desnaturalizarse; y el espíritu no encuentra ningun obstáculo que pueda irritar su legítima susceptibilidad; así que se posee mejor y dispone con mayor facilidad de todas sus fuerzas.

No le sucede lo mismo cuando se aplica á las ciencias morales y políticas; puesto que, respecto á éstas, se puede creer muy bien, que se ha propuesto problemas insolubles, ó indeterminados cuando ménos; y tan cierto es esto, que, en cuanto á algunos de ellos, ha dejado de estudiarlos, suponiendo que habian sido sugeridos por un poder de su misma naturaleza, sí: pero infinitamente superior, el cual solo podía comprenderlos y darles solucion.

Nosotros no podemos dejar de considerar como una peligrosa irregularidad del espíritu, el hábito irracional, y de ello tenemos aun muchos ejemplos, de hacer intervenir al Sér Supremo en las cuestiones más ó ménos científicas que se agitan, afirmando en su nombre lo que la razon no puede demostrar ni comprender.

De cualquiera manera que sea, el espíritu humano deja de ser libre, si no en sí mismo, en sus manifestaciones, cuando estudia las ciencias morales y políticas. Se priva de su libertad respecto á estas ciencias, encerrándose por voluntad propia en un recinto del cual no osa salir, al crearse métodos estrechos y opresivos; ó colocándose á remolque de las instituciones políticas al recibir su consigna, ó al expresarla. Nadie le obliga á respetar á Demócrito ó Pitágoras; puede reirse cuanto la plaza del horror de la naturaleza por el vacío: pero, difícilmente podrá discutir con impunidad un santo en Nápoles, otro en Zaragoza, etc., ni á Mahomet en Constantinopla, ni la ortodoxia griega en Rusia, ni la república donde haya monarquía, ni ésta donde haya república. Cuando no es la autoridad quien pone obstáculos á esas manifestaciones, son las costumbres mucho más opresivas en ciertas circunstancias, que la autoridad. De ahí que, al paso que las ciencias físicas y naturales se desarrollan rápidamente á la luz del día, y con aplauso general, las ciencias morales y políticas se mueven lentamente en medio de los escollos que encuentran en su marcha por un lado; en la oscuridad con que las rodean como de concierto la autoridad y las costumbres, por otro. No debe, pues, admirar á nadie que la moderacion y la tolerancia se hallen en el espíritu de las unas, y la intemperancia en el de las otras.

Pero libre ó no, el espíritu humano, jamás renuncia á su pretension de conocer, á ménos que, como en la India, haya sido conducido á una inmovilidad estúpida, adorándose á sí mismo en sus propias concepciones, sin atreverse á examinarlas. Pero segun que es ó no libre, le lleva en los esfuerzos que hace por satisfacerse, la reflexion ó la rutina, la paciencia ó la precipitacion, la moderacion ó la cólera, y los resultados que obtiene son por lo comunmente correspondientes á los medios que emplea. La historia de nuestro siglo es un testimonio inequívoco que prueba esa verdad. ¿Se han visto jamás sistemas puramente científicos, más racionales, al mismo tiempo que utopias sociales más insensatas? Eso por lo que hace á la especulacion pura. En cuanto á los resultados obtenidos por sus aplicaciones, el testimonio es más patente aun: por una parte, el vapor, los caminos de hierro, la electricidad, el alumbrado de gas, la fotografia, las máquinas, etc.; por el otro, las revolu-

ciones, la guerra, la persecucion, la miseria... Arrastrado en esos dos sentidos, tan necesario el uno como el otro, y tan estrechamente solidarios, pero á los cuales no puede obedecer con igual facilidad, el espíritu humano se mueve como un carro, cuyas ruedas jugarán con mayor dificultad de un lado que del otro, y que, en lugar de avanzar en línea recta, describiera esa curva que los geómetras llaman espiral.

No hay que dudarle; bajo el imperio de semejantes circunstancias se ha formado nuestra educacion, y tambien nuestras creencias; y no se crea que depende de nuestra voluntad evadir las consecuencias correspondientes á tal estado de cosas, no; no hay nadie que no participe en gran escala de la influencia de las creencias comunes, hasta de las más irracionales; todos estamos imbuidos, penetrados, alimentados con ellas, y nos tienen sometidos hasta en los esfuerzos que hacemos para destruirla. ¡Cuántas inteligencias de las más superiores no se ven dominadas por las preocupaciones de su época, tanto, si es que no más, como la masa ignorante, cuyas tradiciones desdeñan! Insistimos sobre esta consideracion, porque hemos experimentado en nosotros mismos los obstáculos sin número que han opuesto á nuestros estudios los hábitos arraigados é inconscientes, que se oponian á la marcha de nuestro limitadísimo espíritu.

Cuando Descartes imaginó su duda metódica y total, se dejó arrastrar por una desgraciada ilusion. Suponer que podemos librarnos instantáneamente de toda creencia, es desconocer que las creencias hacen cuerpo con nuestra inteligencia y que no es más posible despojarnos de todas ellas á la vez para tomarlas despues una á una, que despedazar nuestra persona para rehacerla en seguida y formar un sér más armónico. Cuando podemos discutir una creencia, es señal de que no la tenemos ya ó que no la hemos tenido nunca, ó por lo ménos, que se ha apoderado la duda de nuestro espíritu. Cuando poseemos realmente una creencia, sucede todo lo contrario: se nos impone, nos subyuga, nos tiraniza, y ¡cosa más humillante para nuestra soberbia razon! no comprendemos cómo. Figurémonos una locomotora inteligente, sensible, amante de la naturaleza y con deseos vehementes de reposar á la sombra de los frondosos bosques, que limitan la vía que ella se ve obligada á recorrer; pues bien, se presenta á su vista un delicioso jardin, y ansiando reposar en él, redobla sus esfuerzos, devora el espacio! ¡Vanos deseos! Sus ruedas se hallan cautivas por los rails, que la obligan á marchar en su direccion, y el jardin desaparece á sus espaldas. Como la locomotora, nuestro espíritu, amante de la frescura y del

encanto de la verdad, hace esfuerzos para poseerla; pero, cautivo por los rails de sus hábitos y creencias, se aleja de ella con frecuencia en el momento que cree alcanzarla.

Podemos, es verdad, precavernos más y más de semejante desdicha; pero, para conseguirlo, es necesario aplicar una lógica más severa á los procedimientos de investigacion; es necesario desconfiar de todo lo que no sabemos con perfecta claridad, y, en caso de duda, buscar en las apariencias engañosas, que han podido alucinarnos, las contradicciones que dan motivo á la duda; porque todo error implica necesariamente alguna contradiccion, á ménos que proceda de uno de esos juicios *a priori*, no autorizado por la razon, cuya falsedad ó certeza no es posible probar. Semejantes juicios deben desecharse desde luego, puesto que no llevan en sí mismos esa evidencia que necesita la razon para creer, sin abdicar su dignidad; aceptarlos sólo porque no se puede probar su falsedad, equivaldria á reconocer implícitamente, que un inocente era culpable cuando no se pudiera justificar de una acusacion no probada.

Nosotros no creemos que haya errores indiferentes, y mucho ménos útiles, necesarios, consoladores: todo error es siempre un mal; así que, no podemos ver sin pena, que se alimente en general el espíritu de los niños con ficciones más ó ménos ingeniosas, pero, al fin, con ficciones; como si no pudieran hallar gracia y encanto los niños sino en esos cuentos absurdos que truncan incesantemente el sentido comun y la razon. Lo cierto es que la inteligencia tiene su economía natural, como el cuerpo de todo sér viviente, como la sociedad, como el mundo físico, como todo lo que es organizado, y como cada una de las funciones de que se compone todo cuerpo organizado. Desgraciadamente se conocen mal las leyes á que obedece esa economía, y no son ni pueden ser por eso mismo tan respetadas cual convendria lo fuesen. ¡Qué diriamos de un individuo que se entretuviera en introducir guijarros en el engranaje de una máquina muy delicada, ó sustancias que sabia eran venenosas en su estómago? Que estaba loco, diriamos; pues cosa muy parecida hacemos constantemente con nuestra inteligencia, llenándola de errores ó de cosas inútiles, á pesar de conocer que, procediendo así, perturbamos profundamente su economía. Hemos dicho que todo error implica contradiccion, y no puede ser de otro modo, porque todas las verdades deben fortificarse recíprocamente, ó por lo ménos no combatirse; al paso que todo error debe combatir alguna verdad bien establecida. Cuando dos creencias, hablamos de las creencias en general, son incompatibles, decimos que se contradicen, y que la una por lo ménos

es falsa. Para reconocer cuál de las dos lo es, si no lo son ambas, es preciso que nos remontemos hasta su origen, en la seguridad de que, procediendo así, si procedemos bien, reconoceremos que deben precisamente su existencia á una falta de lógica ó á una temeridad injustificable, segun que sean deducciones ó inducciones.

Es, pues, muy claro que, cuantas más verdades poseamos, mayor ha de ser el número de contradicciones que implique el error, y más fácil notar este, por lo mismo. No puede dudarse que se poseen bastantes verdades morales y políticas para dar á las ciencias á que pertenecen un carácter de suficiente certidumbre: pero desgraciadamente no se ha procedido con bastante severidad al hacer uso de ellas, y de ahí que en ambas abunden las contradicciones. Bastaría, pues, que desaparecieran todas esas contradicciones, por medio de análisis rigurosamente lógicos, para que esas ciencias progresaran en armonía y con la misma rapidez que las físicas las cuales, á pesar de ser de época muy reciente relativamente, se hallan considerablemente más adelantadas.

Hemos aplicado ese método á las diferentes teorías del Valor, dadas por catorce de los economistas de más nombradía. Si el resultado de nuestro trabajo vale alguna cosa, será debido exclusivamente á la aplicación de ese método, no á nuestras fuerzas, cuya debilidad es muy grande. Al decir que hemos aplicado ese método á las diferentes teorías del valor, nos creemos escusados de añadir que lo hemos aplicado á la Economía política, puesto que la palabra *valor* resume toda esta ciencia segun afirman los más eminentes economistas, uno de los cuales Bastiat dice: "La teoría del valor es á la Economía política lo que la numeración á la aritmética."

Al aplicar ese método, esto es, al desprender nuestras creencias económicas de todas las contradicciones que hallamos en los autores más acreditados, hemos tenido que luchar con nuestros propios hábitos tomados del depósito ó fuente comun; y claro es, que semejante tarea debió parecerse muy poco grata; porque esos mismos hábitos son generales, y no tiene nada de agradable incurrir en la nota de perturbador de los hábitos de todos. Además esa tarea era muy peligrosa para nuestra razón, porque la razón se extravía con facilidad cuando se separa de la de todos los demás. Creemos, sin embargo, haber vencido todas esas dificultades; puesto que, respecto á los principios fundamentales é indiscutibles de la ciencia, estamos de acuerdo con todos esos autores.

Más que ninguna otra cuestión, la del *Valor*, se nos presenta como el origen principal y casi único de todas las contradicciones en que incurren los

economistas. Jamás nuestra razón había estado satisfecha de las definiciones que de él se nos han dado; así que, siempre las recibimos á reserva de explorar algun día las oscuridades que entrañan. Muchas veces hemos comenzado ese trabajo; pero obligados á desistir de nuestro empeño por otros deberes más apremiantes, no verificamos entonces sino algunos reconocimientos sobre el terreno. Esta vez hemos llegado hasta el fin, y creemos poder nos lisongear de no haber perdido nuestro tiempo; puesto que ahorraremos, por lo ménos á los que quieran seguir la vía que dejamos abierta, el fastidio, por decirlo así proverbial, que la Economía política, y especialmente la cuestión del valor, produce á los neófitos de la ciencia.

La cuestión del valor, con sus oscuridades y contradicciones, se halla colocada al umbral de la ciencia económica, como una especie de dragon mitológico, cuyo sólo aspecto basta para alejar á todos aquellos á quienes un ardor excepcional por ella no apasiona. Es preciso, pues, matar el monstruo.

Creendo que el valor era debido á una calidad de las cosas que estaban provistas de él, se le ha buscado bajo la forma de esa calidad, y no hallando en esas cosas sino las calidades que responden á nuestras ideas de utilidad y de riqueza, se le ha confundido con ellas; creyendo con razón que procedía comunmente del trabajo, sufriendo la influencia de la abundancia y la rareza, se le ha confundido con el trabajo y la rareza; determinado por el cambio, se le ha creído que el cambio era condición esencial de su existencia; sin embargo, no faltan quienes persisten en hallarlo sin él. Teniéndole por conmesurable, jamás se ha podido decir cómo se mide, ni con qué instrumento; en fin, viéndole como compañero inseparable de la riqueza, se afirma con razón, que los pueblos son tanto más ricos, cuanto poseen más valores: pero, como se afirma al mismo tiempo y con razón también, que los pueblos se enriquecen, á medida que, perfeccionando los procedimientos de la producción, bajan los valores de los productos, se cree ver una contradicción en esa doble afirmación, y de ahí que se establezca: que los pueblos pueden á la vez ganar en riqueza y perder en valor, ó vice-versa, lo cual equivale á establecer que pueden enriquecerse y empobrecerse á la vez.

Hé ahí cuanto los economistas nos dicen respecto al valor; así que un profesor de Reims, de gran mérito por otra parte, ha dicho, no há mucho tiempo á su auditorio, que pudo creerle bajo su palabra: que los metales preciosos y la moneda no representaban por sí mismos riqueza; y Bastiat, en sus armonías, pág. 135, dice: "En una palabra,

„engañados por esta locucion elíptica: el oro vale tanto, el trigo vale tanto; han creído ver en la materia una cualidad llamada valor, como el físico reconoce en ella la impenetrabilidad, la gravedad, atributos negados por algunos. Sea de esto lo que quiera, yo le niego el valor.“

No siendo posible estudiar la Economía política sino en los autores que incurren en semejantes contradicciones, la generalidad de los hombres estudiosos se familiariza con sus ideas y se habitúa á su modo de pensar; concluyendo, como los místicos, por creer que se cree lo que esos autores dicen. Este fenómeno se presenta, en verdad, con todos los caracteres del misterio; sin embargo, ni la autoridad ni las costumbres prohíben discutir á Adam Smith y J. B. Say, á Malthus y Ricardo, á Rossi y Bastiat. ¡Qué sería si lo prohibieran! Pero la Economía es una ciencia moral y política, y recibe necesariamente la influencia de los métodos que dominan las ciencias del mismo género; además, todas las ciencias son solidarias entre sí, y reciben más ó ménos esa misma influencia.

Para evitar en nosotros esa influencia, si es que la hemos evitado, como creemos, hemos prescindido cuidadosamente, al ocuparnos del valor, de todos esos juicios *a priori*, que conducen fatalmente á la contradiccion; y, sometiendo el objeto de nuestro estudio al método puramente experimental, esto es, interrogando á los hechos el secreto de su naturaleza, hemos hallado: que el valor no es una propiedad ó calidad de las cosas, como la extension, la gravedad ó el calor; que no es commensurable como esas propiedades, por consiguiente; así como hallamos tambien, que implica necesariamente una medida, puesto que se expresa en cantidad; y de ahí, que no pueda ser otra cosa que el resultado ó la expresion de una medida, la expresion de la medida de la riqueza.

Basta, á nuestro juicio, la más sencilla reflexion para que se corra el velo que ha ocultado la verdad de nuestra conclusion. En efecto. ¿No es la riqueza lo que la sociedad produce, distribuye y consume? No se afirma por todos que la Economía política tiene por objeto la riqueza bajo esos tres conceptos? Luego, si algo se mide en este orden, ha de ser necesariamente la riqueza. En otro caso, esto es, sin medirla, ¿cómo se la distribuiría? No cabe dudarlo, la riqueza es lo que se mide con ocasion del cambio; y el valor no es otra cosa que la expresion de esa medida; lo cual hacemos ver cómo se verifica, y la razon entonces, así lo esperamos, quedará perfectamente satisfecha.

El valor no tiene, pues, nada de misterioso, á no ser que nosotros nos hallemos dominados por una prodigiosa ilusion. El dragon que prohibia la entrada en la ciencia económica, ha huido ante la

débil luz de una cerilla; y en lo sucesivo, tal es nuestra esperanza por lo ménos, no se podrá decir que esa ciencia es tan estéril como enojosa.

En todo caso, jamás habrá parecido tan fecunda ninguna ilusion al que fuera víctima de ella, puesto que, merced á la misma, vemos disipada la oscuridad de los problemas más complicados de la economía social: la *moneda* adquiere su verdadera mision de instrumento indispensable de la medida cuya expresion es el *valor*; la *oferta* y la *demand*a, palabras mágicas, segun Rossi, se despojan de todo disfraz; las *variaciones* del valor, ó mejor dicho, de la riqueza, se explican con perfecta claridad; vemos en el *principio de la distribucion* de la riqueza, el verdadero principio de la propiedad fundado sobre el trabajo; vemos en la *renta* y el *interés del capital* dos fenómenos legítimos y, cosa que ha de admirar á muchos, provechosos á todas las clases de la sociedad; vemos en el *crédito*, libre del prisma engañoso que desfigura su naturaleza, una funcion sencilla, pero fecunda y poderosa; vemos en la *proteccion* un error ruinoso é injusto; vemos en el *lujo* una necesidad enfadosa, pero susceptible de reformas voluntarias, en ventaja de todos; vemos en la *miseria* un resultado de la impotencia del trabajo, y de los ataques á la libertad en todos tiempos; vemos en la *prosperidad* el resultado del trabajo y de la libertad, resultado que para extenderse á todos, no tiene necesidad de otro amparo que el de la *justicia*; en fin, veremos la justicia en la *libertad*.

Los economistas nos dirán, que insistimos demasiado sobre ciertos puntos; pero esperamos nos perdonen esa falta, si existiere, en consideracion al deseo que tenemos de hacernos comprender bien por los que no están familiarizado con esta clase de estudios. Además, presentaremos algunas aserciones que aparecerán como nuevas, y estimamos necesario probarlas con insistencia, y no se crea por eso que abrigamos la pretension de reveladores. No hay, en realidad, una sola entre nuestras afirmaciones, cuyos elementos, por lo ménos, no se encuentren en muchos autores conocidos y respetados.

Nuestra tarea, si bien crítica desde luego, tiene por objeto principal rectificar muchas aserciones recibidas por la generalidad de los economistas, hacer notar las contradicciones en que incurren, y señalar, en fin, el rumbo que puede darse á la Economía política, para que nadie pueda acusarla de ciencia llena de contradicciones, como se la viene acusando. Toda nuestra ambicion se limita, pues, á propagar la verdad en la medida de nuestras fuerzas, y creeremos muy colmada aquella, si en algo concurrimos á propagar esta.

X...

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX. *

La escuela pesimista en Alemania, su influencia, su porvenir.

I

Parece que el mundo de las ideas está sometido en todos los órdenes de problemas al juego alternativo de dos doctrinas extremas.

En todo el curso del siglo anterior, y en la primera mitad del nuestro, es evidente que el optimismo ha prevalecido en Alemania bajo formas y á través de escuelas distintas. Hoy no cabe duda de que es el pesimismo el que tiende á triunfar, á lo ménos por el momento (1). El pobre espíritu humano semejará siempre al paisano ébrio de Lutero, que cae ya á la derecha, ya á la izquierda, incapaz de mantenerse en equilibrio sobre su montura.

La Alemania del siglo XVIII, esto es, la inmensa mayoría de las inteligencias que representan su vida moral, permanecen fielmente adheridas á la doctrina que habia enseñado Leibniz, que Wolf habia sostenido, y que, por otra parte, se hallaba fácilmente de acuerdo, lo mismo con los dogmas de la teología oficial, que con el deísmo sentimental de Pope, de Rousseau y de Paley, en gran boga por entonces en esta población de pastores y de filósofos de Universidad, durante el grande interregno filosófico que va desde Leibniz á Kant. Apenas si en esta quietud de espíritu y de doctrina penetran algunos ecos de los sarcasmos de Voltaire, repetidos por su real discípulo, el gran Federico, y los espíritus libres que viven dentro del rádio de la pequeña costa de Potsdam. La triste alegría de *Cándido* se ahogó al

* Véanse los números 202 y 203, páginas 1 y 33.

(1) Debemos señalar un libro de M. James Sully, que acaba de aparecer bajo el título: *Pessimism a history and á criticism*, London, 1877.—Es una historia y un estudio muy completo; no nos equivocamos al decir que esta cuestión es hoy la orden del día de la filosofía. El sábio y distinguido autor de *Sensation and Intuition*, nos ofrece en este nuevo libro un contingente de observaciones y de noticias exactas, de las cuales habremos de aprovecharnos, aunque el punto de vista en cual vamos á colocarnos, sea completamente distinto del suyo.

atravesar el Rhin; este pueblo religioso y literato persiste en repetir que aquí abajo todo está dispuesto por una Providencia benévola para la felicidad eterna del hombre, y que este mismo mundo es el mejor de los posibles.

Más tarde, cuando cambia la escena de las ideas, cuando aparece Kant y todos estos ilustres conquistadores del mundo filosófico, salidos de la *Crítica de la razón pura*, Fichte, Schelling, Hegel, el optimismo particular de Leibniz desaparece; pero el optimismo, aunque modificado, subsiste. Hay, sin embargo, desde entonces, una vaga tendencia á despreciar la vida y á no darla su verdadero valor. Se han entresacado cuidadosamente algunos pasajes teñidos de pesimismo en Kant; se nos recuerda que Fichte ha dicho: "Que el mundo real es el peor de los mundos posibles." Nos presentan estas proposiciones de Schelling: "El dolor es una cosa necesaria en toda vida... Todo dolor tiene su origen exclusivo en el solo hecho de existir. La inquietud de la voluntad y del deseo que fatiga á toda criatura con sus demandas incesantes, es, en sí misma, la desgracia (1)." Ya se siente aquí la vencidad de Schopenhauer. La filosofía negeliana no es hostil al pesimismo; lo concibe como una de las fases de la evolución universal. Según Hegel, ya se sabe, toda existencia finita está condenada á la ley dolorosa de destruirse ella misma por sus contradicciones. Esta ley del sufrimiento, que resulta de la división y de la limitación de la idea, contiene un principio de pesimismo que Volkelt ha hecho ver claramente (2).

Se comprende bien el interés que Schopenhauer y Hartmann han de tener en buscar precedentes, y por decirlo así, un parentesco honroso para su teoría. Mas si de cerca se considera, no se ve en esto mas que analogías superficiales y alianzas de ideas más que dudosas. Hay un pesimismo empírico que se concilia muy bien con el optimismo metafísico: este es el punto de vista en que es preciso colocarse para juzgar la cuestión en los principales representantes de la filosofía alemana desde Kant. Todos ellos están unánimes en la apreciación severa de la vida, considerada en sus aspectos inferiores y en la

(1) *Filosofía de lo Inconsciente*. 2.º v. p. 354. Comparar estas proposiciones con las de Schopenhauer; *el mundo como voluntad y representación*. 2.ª parte.

(2) *Lo Inconsciente y el Pesimismo*.

realidad sensible, y no obstante, en el conjunto de estas doctrinas, lo que domina, es la solución optimista del problema de la existencia. Kant nos enseña, sin duda, hasta qué punto la naturaleza es poco favorable á la felicidad humana; pero la verdadera explicación de la vida, la última razón de las cosas, debe ser buscada fuera del orden sensible, en el orden moral, que constituye después de todo, el solo interés del soberano legislador, y la sola explicación de la naturaleza misma. Lo mismo acontece con Fichte, para quien los fenómenos sensibles, la apariencia de la materia, no es más que una escena transitoria preparada para un fin único, el cumplimiento del deber, la acción libre del yo que persigue en su reacción contra el mundo exterior, y en su conflicto con la sensación, el más alto carácter que le es posible alcanzar. En cuanto á Schelling, en su segunda fase, señalada por su célebre obra *Filosofía y Religión*, saca el símbolo de su metafísica de la doctrina cristiana de la caída. En ella se encuentra la historia trascendente de la ruptura de la unidad primitiva, la certidumbre del retorno final á la unidad, y asocia á esta obra á la misma naturaleza rescatada y espiritualizada con el hombre, después de haber caído con él en el pecado y la materia. Así, después de haber puesto bajo nuestros ojos las más tristes pinturas de la naturaleza sombría y de la vida desolada por el mal, Schelling nos conduce á una solución final que es indudablemente una especie de optimismo teológico. También es ésta, aunque bajo otra forma, la solución de Hegel sobre el valor del mundo y de la vida. La idea, en un principio dividida, errando fuera de sí, tiende á volverá sí por la conciencia del mundo.

Este *devenir* del espíritu, este proceso del mundo, que sin cesar se continúa á través del drama variable de los hechos, hé aquí la verdadera theodicea, la justificación de Dios en la historia.

Seguramente estaba allí el optimismo de la evolución universal y del progreso necesario; en todas estas doctrinas hay un fin cierto asignado al movimiento del universo, una razón divina envuelve, como en un tejido maravilloso, todos los fenómenos, hasta los más insignificantes y más raros de la naturaleza y de la historia, y, atrayéndolos en series determinadas, los impide desbarrar ó perderse en lo inútil; es un orden providencial á su modo, que se cumple en todo

momento, y del cual el pensador, colocado en el verdadero punto de vista, es testigo inteligente. Estas ideas han dominado el espíritu alemán en la primera parte de este siglo; Leibnitz, Kant, Hegel, habían sido sucesivamente sus maestros, pero todos lo conducían y lo mantenían en vías paralelas, al cabo de las cuales, la razón percibía un fin digno de ella, digno de que se venciesen por alcanzarlo todos los obstáculos y peligros del camino, digno de que el hombre soportase sin quejarse el peso de los días, las enormes cargas, las miserias y las aficciones sin número.—Una gran parte de la Alemania filosófica parece arrastrada ahora en una dirección completamente contraria. Es esto más que una moda pasajera, un capricho de la imaginación, una rebelión contra los abusos de la dialéctica trascendente, una reacción violenta contra la tiranía especulativa de la *idea*, contra el despotismo de la evolución universal, comparadas con la cual «las miserias individuales» no son nada. Lo que hay de seguro es que las miserias individuales se han rebelado un día como cansadas de servir á fines que ellas no conocían; es que «los destinos humanos» han concluido por volcar «el carro que los trituraba bajo sus ruedas de bronce.» No pudiendo emanciparse del dolor, han protestado contra las razones dialécticas que querían imponérselo como una necesidad saludable, y nació el pesimismo. A la hora presente existe toda una literatura pesimista, floreciente en Alemania, y que también ha intentado, no sin éxito, algunas escursiones y conquistas á los países vecinos. Y no es solamente en los dos nombres de Schopenhauer y de Hartmann, el uno ya célebre, el otro investido de una notoriedad creciente, en los que se resume esta literatura, ó si se quiere, esta filosofía. Schopenhauer es el jefe del coro, y después de él se encuentra en segundo lugar y sin ninguna afectación de modestia el joven sucesor ya designado, presto cuando le llegue la edad á hacer el primer papel y á empuñar el bastón de mando, el cetro del coro. Pero este coro es numeroso y compuesto de voces que no cantan siempre al unísono, que pretenden ser independientes hasta cierto punto, quedando unidas todas en el acorde fundamental.

Entre los discípulos de Schopenhauer, al lado ó por debajo de Hartmann es preciso citar particularmente á Frauenstädt, Taubert y Julio

Bahnsen. Rindiendo culto á la memoria del maestro, del cual ha publicado la correspondencia y las conversaciones, Frauenstädt trata, sin embargo, de suavizar algunos rasgos demasiado duros de la teoría, llegando á negar que el término pesimismo convenga en todo rigor á un sistema que admita la posibilidad de destruir la voluntad y de sustraer de este modo el sér á los tormentos que ella le impone.—Esta tendencia á aceptar el hecho de la miseria del mundo como inseparable del sér, y, no obstante buscar en los límites del pesimismo fuentes de consuelo inesperado, se advierte más claramente en Taubert. En su libro titulado *El Pesimismo y sus adversarios*, reconoce, con Schopenhauer, que el progreso trae consigo una conciencia cada vez más profunda del sufrimiento que acompaña al sér y de la ilusión de la felicidad, pero manifiesta la esperanza de que se podrá triunfar en parte de esta miseria por los esfuerzos combinados del género humano, que, sometiendo más y más los deseos egoístas, darán al hombre el beneficio de una paz absoluta y reducirán así en gran parte la desgracia del *querer-vivir*. La melancolía misma del pesimismo, dice Taubert, se transforma si se examina de cerca en uno de los más grandes consuelos que se nos pueden ofrecer, no sólo trasportar nuestra imaginación más allá de los sufrimientos reales á los que cada uno de nosotros está destinado, y de este modo encontramos cierta ventaja relativa, que aumenta de cierto modo, los placeres que la vida nos concede y se duplica nuestro goce. ¿Cómo acontece esto? La razón que nos da no carece de originalidad: «El pesimismo nos enseña que toda alegría es ilusoria, pero no toca al placer mismo, lo deja subsistir á pesar de su vanidad demostrada, sólo que lo encierra en un marco negro que hace resaltar mejor el cuadro.» Por último, Taubert insiste sobre el gran valor de los placeres intelectuales, que el pesimismo, según él, puede muy bien reconocer, y que deben enlazarse en una esfera superior «como las imágenes de los dioses, libres de todo cuidado y esparciendo sus luces sobre los abismos tenebrosos de la vida, rellenos ya de sus tormentos, ya de alegrías, que terminan en penas.» M. James Sully hace observar con finura que Taubert le hace el efecto de un optimista caído por equivocación ó por un paso en falso en el pesimismo, y que hace inútiles esfuerzos por salir de este atolladero.

Al paso que Taubert representa la derecha del pesimismo, Julio Bahnsen representa la extrema izquierda de la doctrina. De este modo se presenta en su obra titulada la *Filosofía de la Historia*, y así se produce con más exageración aun en su presente libro, provisto de este título terrible: *¡Lo trágico como ley del mundo!* En todo lo que concierne al pesimismo y al principio irracional de donde se deriva traspasa el pensamiento de Schopenhauer: para él, como para su maestro, el mundo es un tormento sin tregua que lo absoluto se impone á sí mismo. Pero va más lejos que su maestro al negar que exista ninguna finalidad, ni aun inmanente en la naturaleza, y que el orden de los fenómenos manifieste ningún enlace lógico. No sólo sostiene el principio de la escuela, á saber, que toda existencia es necesariamente ilógica en tanto que es manifestación de la voluntad; para él la existencia es ilógica, «en su contenido lo mismo que en su forma.» Además de la sinrazón de la existencia considerada en sí, hay una sinrazón fundamental en el orden de las cosas existentes. Se comprende que Bahnsen, al negar toda cooperación de la razón en el mundo rechace la sola forma de placer puro conservada por Schopenhauer, el placer de la contemplación intelectual, y de la creación por el arte, el goce estético y científico. ¿Cómo podría encontrarse tal goce en un mundo en que no hay ya ni orden lógico, ni armonía de ninguna especie, en un puro caos de fenómenos y de formas? La observación del universo y la representación de sus formas en el arte, lejos de ser una fuente de alegría tranquila, no pueden más que traer nuevos tormentos á un espíritu filosófico. La esperanza misma de un aniquilamiento final, que es el remedio supremo propuesto por Schopenhauer al mundo desdichado, es para Bahnsen una pura ilusión. «Su disposición pesimista es tal, dice Hartmann, y le hace tan apasionado para lo que hay de desesperado en su punto de vista, que se siente turbado en su tristeza absoluta cuando se le presenta una perspectiva cualquiera de consuelo.» Esta vez podemos estar seguros de que tocamos al último término á la última evolución del pesimismo alemán. Esta vez la apuesta ha sido llevada hasta el fin, y si no hay apuesta, digamos que la locura del sistema está completa. Bahnsen puede decir con orgullo al pesimismo: «No irás más allá.»

Y en efecto, el pesimismo ha retrocedido hasta en el mismo Hartmann ante las consecuencias del principio llevado al último extremo. La filosofía de lo *Inconsciente* presenta un aspecto muy razonable, de una moderación ejemplar al lado de tales excentricidades. La Alemania que no carece de intrepidez especulativa ni de afición á las aventuras de la idea no ha querido seguir á Julio Bahnzen; me parece que este fogoso dialéctico de lo *ilógico absoluto*, se sumerge cada vez más en la soledad y en el vacío. No es seguramente bajo esta forma con la que el pesimismo está destinado á conquistar el mundo; sino que con más habilidad y bajo formas más moderadas está en camino de apoderarse del espíritu germánico que atrae por medio de cierta mágica fascinación y que turba profundamente. Le falta sin duda todavía un poderoso vehículo, la enseñanza de las Universidades, y de ello se queja M. Hartmann amargamente; pero esto vendrá con el tiempo; ¿por qué no? En tanto que esto llega, el pesimismo lleva á cabo su obra fuera de las Universidades: las ediciones de Schopenhauer y Hartmann se multiplican; este último confiesa que si la filosofía, á la cual ha consagrado su vida, encuentra con más dificultad discípulos en el sentido estricto de la palabra, obtiene en más alto grado que ninguna otra escuela á la hora presente, la atención, el interés y hasta el entusiasmo de ese inmenso auditorio vago y flotante que aunque no está concentrado en una cátedra de la Universidad no es por eso menos poderoso para hacer las reputaciones de los autores, el éxito de los libros y la fortuna de los sistemas. Las contradicciones no faltan, antes abundan vivas y apasionadas; basta recordar el nombre del fogoso Dühring, que hace poco tiempo enseñaba todavía en la Universidad de Berlín. Estas discusiones que han despertado la vida filosófica un poco aletargada en Alemania y como sofocada bajo el ruido de las armas, muestran la vitalidad creciente de la filosofía que tratan de combatir en sus principios y de detener en su progreso: curiosidad muy viva con respecto al pesimismo, crítica encarnizada que demuestra su éxito; es un hecho que se debe hacer constar y un síntoma que se debe estudiar.

Seguramente que á primera vista nada parece más antipático al espíritu francés que esta filosofía oscura en su principio, demasiado clara en sus consecuencias que quita á la vida todo su

precio y á la acción humana todo su valor. La pasión de la luz, la afición á la lógica, el ardor del trabajo, la costumbre de la actividad útil, hé aquí lo que nos defiende suficientemente á lo que parece por el lado del Rin contra estas influencias sutiles y disolventes. Y no obstante, en Francia se han sentido los efectos de este mal que tiende á hacerse cosmopolita, por algunos espíritus á quienes el culto del ideal y la creencia en el deber, parecía preservarla de semejante contagio. Nada nuevo diremos á nuestros lectores, recordándoles que más de una página de los *Diálogos filosóficos* recientemente publicados, tiene un color pronunciado de pesimismo. No se trata aquí, sin duda, de una de esas teorías violentas, sin mezclas, que pretenden resolver el enigma total de un solo golpe y se contentan con volver contra sí mismo el dogmatismo de los pesimistas, oponiendo un fin negativo ó la ausencia de fin á los fines razonables y divinos, y el desprecio absoluto de la vida á la estima que de ella deben tener razonablemente los hombres. Hay muchas atenuaciones, restricciones de toda suerte, hasta apariencias de contradicción á la idea pesimista que parece haber sido la gran tentación del autor mientras meditaba ó escribía estos conflictos de inspiraciones y de pensamientos encontrados, expresados con una sinceridad á veces dramática, no son uno de los menores atractivos de esta obra perturbadora y turbada. Mas no es posible negar que á las influencias hasta entonces dominantes de Kant y de Schelling, haya venido á mezclarse en la inspiración de este libro, la influencia de Schopenhauer. La lucha de estos dos espíritus es visible de una página á otra, y á menudo en la misma página.

Kant es el que inspira algunos bellos pensamientos sobre la vida humana y el mismo mundo inexplicables sin la finalidad moral, y también la notable confesión de que lo que hay de mejor en el mundo es la bondad, y que «la mejor base de la bondad es la admisión de un orden providencial, donde todo tiene su lugar y su rango, su utilidad y hasta su necesidad (1).» Schelling es el que reina en ciertos momentos y el que vuelve á ocupar su imperio á través de las inquietudes y desalientos cuando se nos dice:

(1) *Diálogos filosóficos*, por M. Ernesto Renan. Introducción, p. XVI.

«El Universo tiene un objeto ideal y sirve á un fin divino; no es una vana agitacion, cuyo resultado final sea cero. El fin del mundo consiste en que reine la razon (1);» ó bien: «La filosofía de las causas finales no es errónea más que en la forma. Es necesario tan sólo colocar en la categoría del *fieri*, de la evolucion lenta, lo que ella colocaba en la categoría del *sér* y de la creacion.» Pero estas serenas claridades no duran y se extinguen gradualmente en las sombras del pesimismo. Aun en aquella parte del libro, consagrado á las *Certidumbres*, lo que domina es la idea lúgubre de una astucia inmensa que se apodera de la naturaleza humana, la envuelve en sus estrechas redes y la conduce por la persuasion ó por la fuerza á fines desconocidos á través del obstáculo y del sufrimiento. «Existe en alguna parte un gran egoísta que nos engaña,» ya sea la naturaleza ó Dios: esta es la idea fija que se ve sin cesar, que da vueltas en torno del espíritu del autor y llena su libro de la más sombría poesía. El maquiavelismo instintivo de la naturaleza, las picardías que lleva á cabo para conseguir sus fines por medio de nosotros, á pesar de nosotros y contra nosotros, hé aquí el gran drama que en el mundo se representa y del que nosotros somos los actores y las víctimas. en todas partes se encuentra la naturaleza que engaña á los individuos por un interés que no les concierne en todo lo que corresponde á los instintos, á la generacion y al amor mismo. «Todo deseo es una ilusion; pero las cosas están de tal modo dispuestas que no se ve el vacío del deseo hasta que se nos cumple... No existe ningun objeto deseado, del cual no hayamos reconocido, despues de alcanzado, la suprema vanidad. Esto no ha dejado de verificarse una sola vez desde el comienzo del mundo. Y sin embargo, aquellos que lo saben de antemano perfectamente, desean lo mismo; y aunque el *Eclesiastes* predique eternamente su filosofía de célibe hastiado, todo el mundo convendrá en que tiene razon, y no obstante deseará.»—«Somos explotados,» hé aquí la última palabra del libro. «Hay algo que se organiza á expensas nuestras; somos el juguete de un egoísmo superior... El anzuelo está bien claro, y sin embargo se ha mordido en él y se morderá siempre. Lo mismo en el placer, del cual es preciso pagar enseguida el

equivalente exacto en dolor, que en la vision de quiméricos paraísos «sobre las que la cabeza reposa, no encontramos una sombra de verdad; lo mismo acontece con esta decepcion suprema de la virtud que nos impulsa á sacrificar á un fin que está fuera de nosotros, nuestros intereses más caros.»

¡La virtud, una decepcion! ¡Quién hubiera esperado esto de un filósofo, que en el naufragio universal de las ideas metafísicas, por encima de las olas y del abismo habia sostenido hasta aquí, con mano tan firme, cual si fuere un arca santa la idea del deber! ¡El imperativo categórico, seguiria, pues, la suerte de los principios de la razon pura, y el privilegio de mandar á la razon, que á los ojos de Kant y de sus discípulos debia salvarla de todo ataque de la crítica; y constituye en favor suyo una certidumbre aparte, este privilegio seria tambien una ilusion que es necesario destruir! Una crítica más penetrante y más sutil, descubre aquí, como en otras partes, el lazo secreto que la naturaleza tiende á nuestro candor: «Ella tiene evidentemente interés en que el individuo sea virtuoso... Bajo el punto de vista del interés personal es un engaño, puesto que el individuo no sacará ningun provecho temporal de su virtud; pero la naturaleza tiene necesidad de la virtud de los individuos... Nosotros somos engañados sábiamente en vista de un objeto trascendente que el universo se propone y que es infinitamente superior á nosotros.» Así, pues, el deber mismo no es más que el último fraude del tirano que nos hace servir á sus fines, los cuales nos son completamente extraños y desconocidos; mas por una consecuencia extravagante, y de todo punto inesperada, hé aquí que el escepticismo especulativo, extendiéndose por la esfera moral, crea un tipo nuevo de virtud, una virtud más bella todavía que la que bastaba á Kant, más desinteresada si es posible, á pesar de que el gran moralista no quiere reconocer la virtud allí donde algun elemento extraño se une al deber. Aquí se trata de una virtud el sacrificio absolutamente heroica, porque significa de uno mismo á un fin desconocido que no es como en Kant, la moralidad del hombre, sino algo de lo cual no tenemos ninguna idea; una virtud caballeresca, puesto que se dedica sólo por un puro sentimiento de honor, «á una cosa absurda en sí.» Parece mucho más bello ser virtuoso despues de comprender que somos engaña-

(1) Ibid, p. XIV.

dos. Por este rasgo característico, es por lo que el autor de los *Diálogos* se distingue de Kant; reconoce claramente, que lo que era todo á los ojos de Kant, la moralidad no es nada para el hombre, no es más que un medio de que se sirve la naturaleza con un fin que ignoramos y que no nos concierne. Por esto es por lo que él piensa distinguirse de Schopenhauer, que también ha comprendido el maquiavelismo de la naturaleza, pero que á causa de esto mismo, se niega á someterse á ella. «A diferencia de Schopenhauer, dice Philaletho, yo me resigno. La moral se reduce, por tanto, á la sumisión. La inmoralidad es la rebelión contra un estado de cosas del cual se percibe el fraude. Es preciso á un mismo tiempo percibirlo y someterse.»

Someterse, ¿y por qué? Yo no me explico cómo se puede continuar obedeciendo órdenes que se sabe que son lazos, cuando basta un acto de voluntad para sustraerse á ellas. Tan heroica sumisión, no sobrepuja mis fuerzas, si no también mi inteligencia. En mi sentir, Schopenhauer tiene mil veces razón contra esta caballería filosófica que se admira con justicia, cuando es la del ideal, que se cesa de admirar cuando se ofrece como víctima, á «yo no sé qué orden de un tirano malévolo.» El pensamiento que nos ha emancipado de la ilusión, nos ha emancipado al mismo tiempo de la obligación. Sí, Schopenhauer tiene razón en predicarnos la rebelión si nos sentimos engañados. No hay ninguna ley intelectual ó moral que pueda imponernos el sacrificio por un objeto que no mantiene ninguna relación ni aun ideal con nosotros. No existe deber sino en tanto que se cree en el deber; ya no se cree en él, si se vé claramente que el deber es un fraude, la obligación debe por lo mismo cesar. Si es verdad, como se nos dice, que el hombre por el progreso de la reflexión conoce cada vez mejor todas esas estafas que se llaman religión, amor, bien, verdad, el día en que la crítica ha matado los engaños de la naturaleza, ese día ha sido verdaderamente benéfica y libertadora: la religión, el amor, el bien, lo verdadero, todas esas cadenas invisibles con que estamos ligados, desaparecen; no vamos nosotros á tomarlas de nuevo voluntariamente para dar gusto «al gran egoísta que nos engaña.» Estábamos engañados, ya no lo estaremos más, hélo aquí todo: ¡El hombre es libre, y si él quiere emplear, como Schopenhauer, su libertad re-

conquistada en destruir este malvado encantador que nos tenía encadenados, bien dicho sea por tal empresa!

Y si quiere pronunciar las palabras mágicas que Schopenhauer le enseña y que deben producir el fin de esta triste fantasmagoría, constreñir la voluntad que ha desplegado su poder bajo la forma del universo á replegarse en sí misma, á volverse del ser á la nada, gloria al hombre que por la crítica primero haya destruido las ilusiones, y que por su valor después haya secado la fuente de estas ilusiones!

¡Gloria á él por no haber jugado voluntariamente el papel del eterno engañado del universo! Todo esto es perfectamente lógico, si levantamos la última aurora que nos retenía todavía sujetos á un punto fijo «sobre este mar infinito de ilusiones,» y esta última aurora es la idea del deber ligado á lo absoluto.

Confiemos en que esta no será más que una crisis momentánea en la historia del espíritu francés, también en la historia del espíritu brillante que parece haber sido tocado por ella. Lo que nos podría hacer creer que nuestra esperanza no es vana, es que el autor señala una fecha determinada á sus sueños, y esta fecha, asociada á los recuerdos más tristes, es una revelación sobre el estado moral, bajo el cual fueron escritos estos diálogos. En los primeros días del mes de Mayo de 1871 era cuando Eutyfron, Endoxo y Philaletho se paseaban conversando y abatidos por las desgracias de su patria en uno de los parajes más retirados del parque de Versalles. Era después de la guerra extranjera y durante la guerra civil. Esto explica muchas cosas. París estaba entregado á locuras que casi justificaban las más sombrías aprensiones del pesimismo. Versalles estaba en calma, pero guardaba el amargo y reciente recuerdo de la estancia prolongada que allí habían hecho nuestros vencedores, los pesimistas con casco de M. Bismarck. El contagio flotaba todavía en el aire; Philaletho lo sintió y fué turbado. Pero ya cuando publicó este libro, parecía convalecer de esta disposición enfermiza en medio de la cual fué escrito. En una nota nos promete que publicará muy pronto un Ensayo compuesto en otra época y bajo otras influencias y mucho más consoladora que esta. En cuanto á los lectores que se conmovieran demasiado con estas perspectivas desoladas, el autor les cuenta en su prefacio una singular

anécdota que nos ofrece como un antídoto infalible: si alguno se entristeciera demasiado con la lectura de este libro, sería preciso decirle lo que aquel buen cura que había hecho llorar demasiado á sus feligreses, predicándoles la Pasion: «Hijos míos, no lloreis tanto, que esto hace mucho tiempo que pasó y quizá no sea verdad.» Sospecho que si este sermón ha sido alguna vez pronunciado, debió ser en Meudon en el tiempo en que Rabelais oficiaba, á ménos que no fuera en Ferney, en aquel famoso día en que «el buen cura» Voltaire quiso predicar en plena iglesia.

Sea de esto lo que quiera, basta que la figura de Voltaire aparezca en el prefacio de los *Diálogos*, para que la sombría vision del libro se haga inofensiva y no inquiete ya al lector más que como una fantasía de artista. La sonrisa del autor ha matado al mónstruo; el pesimismo no es ya más que una «pesadilla.» Así pasan de ordinario las cosas en Francia, donde la filosofía y la literatura de pesadilla no han tenido jamás éxito. Los *Cuentos fantásticos* de Hoffmann no han podido aclimatarse bajo nuestro cielo y en nuestra lengua. Schopenhauer y Hartmann no serán aquí nunca más que objetos de curiosidad.

II.

Volvamos al pesimismo alemán y considerémosle en su verdadera patria adoptiva allí donde ha florecido nuevamente en nuestros días, como si en aquel suelo encontrase un clima propicio y cultivo conveniente.

Hemos visto que Leopardi resume con una sagacidad maravillosa casi todos los argumentos de la experiencia, de los que su teoría de la *infelicità* es un programa anticipado. Este poeta enfermo llevaba en sí esa enfermedad extraña que debía apoderarse del siglo XIX á su conclusion. El pesimismo se encuentra en el estado de experiencia dolorosa en Leopardi. En el de sistema razonado en Schopenhauer y Hartmann. ¿Cuáles son las razones de análisis ó de teoría que uno y otro aportan para la demostracion del dolor universal ó irremediable? Las reduciremos en cuanto sea posible á las tesis que merecen ser examinadas con alguna atencion, abandonando de propósito la metafísica, de la cual se quiere

que dependan, porque no es más que un conjunto de construcciones completamente arbitrarias y personales del espíritu, una mitología. Yo me atrevo á añadir que no existe realmente ningun enlace lógico y necesario entre estas teorías especulativa y la doctrina moral que á ella se encuentra unida. Se podrá sacar toda la moral del pesimismo de estas dos obras, el *Mundo como voluntad y representacion* ó la *Filosofía de lo inconsciente*, sin disminuir un ápice el valor de su construcccion. Son concepciones *a priori*, más ó ménos bien ordenadas, sobre el principio del mundo, sobre el *uno-todo* y sobre el orden de evoluciones, segun el cual se manifiesta; pero es bastante difícil ver, porque la consecuencia de estas evoluciones es necesariamente el mal absoluto de la existencia, porque el *querer-vivir* es á la vez el atractivo irresistible del primer principio y la más insigne sinrazon. Esto no ha sido jamás explicado: es el eterno postulado del pesimismo.

Veamos los argumentos por los cuales Schopenhauer y Hartmann pretenden demostrar este principio que les es comun con Çakya-Monni: «el mal es la existencia.» Separando con cuidado lo que toca al mundo mismo, la cuestion puramente teológica ó trascendente de saber si el universo es en sí bueno ó malo y si hubiera sido mejor que no existiese, nos limitaremos á la vida humana. Entiendo que los argumentos del pesimismo desembarazados del aparato formidable que los encubre y de la masa de elementos accesorios que arrastran consigo, pueden reducirse á tres: una teoría psicológica de la voluntad, la concepcion de un poder engañoso que envuelve á todo sér viviente y especialmente al hombre: por último un balance de la vida que se liquida con un déficit enorme de placer y una verdadera bancarrota de la naturaleza. Los dos primeros argumentos pertenecen propiamente á Schopenhauer, el tercero ha sido desenvuelto con gran extension por M. de Hartmann: pero como esta última tesis recuerda sobre muchos puntos la teoría de la *infelicità* que hace poco hemos expuesto segun Leopardi, no insistiremos sobre ella.

Todo es voluntad en la naturaleza y en el hombre; pues todo sufre: hé aquí el axioma fundamental. La voluntad principio es un deseo ciego é inconsciente de vivir, que desde el fondo de la eternidad se despierta por yo no sé qué

capricho, se agita, determina lo posible á ser, y el ser á todos los grados de la existencia hasta el hombre. Despues de desenvolverse en la naturaleza morgánica, en el reino vegetal y en el reino animal la voluntad llega en el hombre á la conciencia. En este momento se consuma la incurable desgracia comenzada ya en el animal con la sensibilidad. El sufrimiento existia ya, pero sentido más bien que conocido: en este grado superior el sufrimiento se siente y se conoce; el hombre comprende que la ciencia de la voluntad es el esfuerzo, y que todo esfuerzo es dolor. Este es el descubrimiento que arrebatará al hombre su reposo; y desde entonces el sér, habiendo perdido su ignorancia, está entregado á un suplicio que no tendrá más término que lo muerte llegada á su hora ó provocada por la inercia y el tédio. Vivir es querer, y querer es sufrir. Toda vida es, pues, por esencia dolor (1). El esfuerzo nace de una necesidad; en tanto que esta necesidad no está satisfecha, resulta dolor, el esfuerzo mismo llega á ser fatiga, y cuando la necesidad está satisfecha, esta satisfaccion es ilusoria puesto que es pasajera; resulta de ella una nueva necesidad y un nuevo dolor. «La vida del hombre no es más que una lucha por la existencia, con la certidumbre de ser vencido.» De esta teoría de la voluntad salen dos consecuencias: la primera es que todo placer es negativo, el dolor solo es positivo. La segunda es que cuanto más se acrece la inteligencia, más sensible es el sér al dolor; lo que el hombre llama por la más enorme de las locuras, progreso no es más que la conciencia más íntima y más penetrante de su miseria.

¿Qué debemos pensar de esta teoría? Todo reposa sobre la identidad ó equivalencia de estos diversos términos que forman juntos como una ecuacion continua: voluntad, esfuerzo, necesidad, valor ¿Existe la observacion que establece en su dependencia recíproca los diferentes terminos de esta ecuacion? No, seguramente; es un razonamiento completamente abstracto y sistemático, al cual no es favorable la experiencia. Que en estas fórmulas elípticas, muy disintibles en sí mismas porque devoran las dificultades con los problemas; la vida sea toda voluntad, podemos consentir en ello, ampliando desmesurada-

(1) Véase el excelente resumen de la *Filosofía de Schopenhauer* publicado por M. Ribot, p. 119, 139, etc.

mente el sentido ordinario de esta palabra para que pueda contener el sistema; pero que toda voluntad sea dolor, hé aquí lo que con las mejores disposiciones del mundo no podemos admitir ni comprender. La vida es el esfuerzo, sea; pero, ¿por qué el esfuerzo ha de ser necesariamente el dolor? Hémos aquí ya detenidos en el principio de la tierra. ¿Es verdad, por otra parte, que todo esfuerzo nazca de una necesidad? Por último, si somos esencialmente una actividad, el esfuerzo, que es la fuerza en accion, está en conformidad perfecta con nuestra naturaleza; ¿por qué, pues, se ha de resolver en pena?

Lejos de nacer de una necesidad, es el esfuerzo la primera necesidad de nuestro sér, y se satisface al desenvolverse, lo cual es indudablemente un placer. No cabe duda que tropezará con obstáculos, tendrá que luchar con ellos, á menudo se estrellará. Ni la naturaleza ni la sociedad están en armonía preestablecida con nuestras tendencias, y en la historia de los choques de nuestra actividad con el doble medio que la envuelve, los fenómenos físicos y los fenómenos sociales, es preciso confesar que lo que predomina es el conflicto. De ahí resultan muchas penas, muchos dolores; pero estas son consecuencias ulteriores, no hechos primitivos. El esfuerzo en sí mismo, en un organismo sano, es una alegría; constituye el placer primitivo más puro y más sencillo, el de sentir la vida; es el que nos da este sentimiento, y sin él no podríamos distinguarnos de lo exterior que nos rodea ni á percibir nuestro propio sér en la confusa y vaga armonía de los objetos coexistentes. Que exista fatiga por el abuso de la actividad que nos constituye, que haya dolor por el efecto natural de esta actividad contrariada, esto es evidente. ¿Pero qué derecho hay para decirme que por esencia la actividad es un tormento? Y sin embargo, á esto se reduce la psicología del pesimismo.

Un impulso irresistible arrastra el hombre á la accion, y por la accion á un placer entrevisto, ya á una felicidad esperada ó ya á un deber que el mismo se impone. Este instinto irresistible es el instinto mismo de la vida; la explica y la resume. Al mismo tiempo que desenvuelve en nosotros el sentimiento del sér, mide el verdadero valor de la existencia. La escuela pesimista desconoce estas verdades elementales; repite en todos los tonos que la voluntad, desde que llega

á conocerse, se maldice á sí misma, reconociéndose idéntica al dolor y que el trabajo, al que el hombre está condenado, es una de las más duras fatalidades que pesan sobre su existencia.—Sin exagerar las cosas por otra parte, sin desconocer el rigor de las leyes, bajo las cuales se desenvuelve la condicion humana y la estrechez de los medios en los que se encuentra como encerrada, ¿no se podría oponer á esta psicología, demasiado fantástica, un cuadro que seria el reverso de este, donde se percibiesen los puros goces de un gran esfuerzo por mucho tiempo sostenido á través de los obstáculos y al fin victorioso de una energía dueña de sí misma desde un principio y llegando despues á ser dueña de la vida, ora domando la mala voluntad de los hombres, ora triunfando de las dificultades de la ciencia ó de las resistencias del arte, del trabajo, en fin, el verdadero amigo, el verdadero consolador, el que resarce al hombre de todos sus desmayos, el que le purifica y le ennoblece en su vida interior, el que le salva de las tentaciones vulgares, el que le ayuda con más eficacia á llevar un fardo en medio de las largas horas y de los dias tristes, aquel á quien ceden por algunos momentos los más inconsolables dolores? En realidad el trabajo, cuando ha vencido las primeras contrariedades y los primeros disgustos es por sí mismo y sin estimar los resultados, un placer, y uno de los más vivos.

Se desconocen los goces y las dulzuras, se calumnia de un modo extraño á este señor de la vida, que no es duro más que en la apariencia, al tratarlo como lo tratan los pesimistas, cual si fuese un enemigo. Contemplar bajo su mano ó en su pensamiento crecer su obra, identificarse con ella, como decia Aristóteles (1), ya sea ésta la cosecha del labrador, ó la casa del arquitecto, ó la estatua del escultor, ó un poema, ó un libro, ¿qué importa? Crear fuera de sí una obra que se dirige, en la cual se ha puesto su esfuerzo con su sello, y que le representa á uno de un modo sensible, esta alegría, ¿no recompensa todas las penas que ha costado, los sudores vertidos sobre el surco, las angustias del artista ansioso de la perfeccion, los desmayos del poeta, las meditaciones, alguna vez tan penosas del

pensador? El trabajo ha sido el más fuerte, la obra ha vivido, vive, nos ha resarcido de un solo golpe, y lo mismo que el esfuerzo contra el obstáculo exterior ha sido la primera alegría de la vida que se despierta, que se siente á sí misma, chocando contra sus límites, así el trabajo que es el esfuerzo concentrado y dirigido, llegado á la plena posesion de sí mismo, es el más interno de nuestro placeres, porque desenvuelve en nosotros el sentimiento de nuestra personalidad, en lucha con el obstáculo, y consagra nuestro triunfo, al ménos parcial y momentáneo sobre la naturaleza. Hé aquí el esfuerzo, hé aquí el trabajo en su realidad.

Nos hallamos en el corazon mismo del pesimismo al discutir esta cuestion. Si se prueba que la voluntad no es necesariamente y por esencia idéntica al dolor, si llegamos á saber por la vida y por la ciencia que el esfuerzo es la fuente de las más grandes alegrías, el pesimismo no tiene ya razon deser. Prosigamos, sin embargo, el exámen de las tesis secundarias que vienen á agruparse en torno de este argumento fundamental.

Todo placer es negativo, nos dice Schopenhauer: el dolor sólo es positivo. El placer no es más que la suspension del dolor, puesto que al definirlo no dice que es la satisfaccion, de una necesidad, y toda necesidad se traduce por un sufrimiento. Pero esta satisfaccion aunque negativa, no dura tampoco, y la necesidad vuelve á comenzar con el dolor. Este es el círculo eterno de las cosas: una necesidad, un esfuerzo que suspende momentáneamente la necesidad, pero que crea otro sufrimiento, la fatiga, despues el renacimiento de la necesidad y despues el sufrimiento,—y el hombre se aniquila y la existencia se desliza en querer siempre vivir sin motivo razonable, contra la voluntad de la naturaleza que le hace la guerra contra el deseo de la sociedad que no le ayuda nada: siempre sufrir, siempre luchar, despues morir, esta es la vida; apenas ha comenzado cuando concluye, ni dura más que para el dolor. Esta tesis del carácter puramente negativo del placer, es un grado de paradoja en que el mismo M. de Hartmann ni ha seguido á Schopenhauer.

Es un buen ejemplo el ver á los jefes del pesimismo divididos entre sí; esto asegura la conciencia del crítico. M. de Hartmann hace con justicia notar que su maestro cae en la misma

(1) Ἐνεργεῖα ὁ ποιῆσας τὸ ἔργον ἐστὶ πᾶς

exajeracion que Leibniz habia caido. (1) El carácter exclusivamente negativo que Leibniz atribuía al dolor, Schopenhauer lo atribuye al placer. Todos ellos se engañan igualmente, aunque en un sentido inverso. No se discute que el placer no puede resultar del cese ó de la disminucion del dolor; pero se pretende que el placer es otra cosa, que es eso desde luego y algo más. Se puede tambien añadir que hay varios órdenes de placer que no tienen de ningun modo su origen en la suspension de un dolor y que suceden inmediatamente al estado de perfecta indiferencia. «Los placeres del gusto, el placer sexual en el sentido puramente físico é independientemente de su significacion metafísica, los goces del arte y de la ciencia son sentimientos de placer que no tienen necesidad de ser precedidos de un dolor, ni de descender por bajo del estado de indiferencia ó de perfecta insensibilidad para elevarse en seguida positivamente por encima de él.» Y despues de una sábia direccion Hartmann concluye de este modo: «Schopenhauer se equivoca sobre la característica fundamental del placer y del dolor: estos dos fenómenos no se distinguen sino como lo positivo y lo negativo en las matemáticas: se puede indiferentemente elegir para el uno ó para el otro de los términos comparados el nombre de positivo ó el de negativo.» Quizá seria aún más exacto decir que uno y otro son estados positivos de la naturaleza sensible, que ambos son en sí algo real y absoluto, que son actos *ἐνεργεῖαι* (como decia Aristóteles), que son por el mismo título realidades, expresiones igualmente legítimas de la actividad que nos constituye. Pero semejante exámen nos llevaria demasiado lejos, fuera los límites de la psicologia puramente empírica, en la que deseamos encerrar este estudio.

¿Hay más verdad en esta otra proposicion que es para Schopenhauer la contraprueba de su axioma fundamental, á saber: ¿que cuanto el sér más se eleva, más sufre, lo cual es una consecuencia lógica del principio de que toda vida es por esencia dolor? Allí donde hay más vida acumulada, en un sistema nervios perfeccionado, más vida sentida por una conciencia, el dolor debe crecer en proporcion. La lógica del siste-

ma lo exige, y Schopenhauer pretende que los hechos están exactamente de acuerdo con la lógica. En la planta, la voluntad no llega á sentirse á sí misma, lo cual hace que la planta no sufra. La historia natural del dolor comienza con la vida que se siente; los infusorios y los vertebrados sufren ya; los insectos sufren más todavía, y la sensibilidad dolorosa no hace más que crecer hasta el hombre: en el hombre mismo esta sensibilidad es muy variable, alcanza su grado más alto en las razas más civilizadas y en estas razas, en el hombre de génio. Aquel que concentra en su sistema nervioso más sensacion, y el pensamiento adquiere, por decirlo así, más órganos para el dolor. Por donde se percibe qué gran quimera es el progreso, puesto que, bajo un nombre misterioso, no representa más que la acumulacion en el cerebro engrandecido de la humanidad mayor suma de vida, de pensamiento y de dolor.

Debemos reconocer que ciertos hechos de observacion psicológica y fisiológica parecen dar la razon á tésis del pesimismo. No es dudoso que el hombre sufre más que el animal, el animal de sistema nervioso más que el que no lo tiene. No ofrece duda que al unirse el pensamiento á la sensacion añade algo al sufrimiento. No solamente el hombre, percibe como el animal, la sensacion dolorosa, sino que la eterniza por el recuerdo, la anticipa por la prevision, la multiplica en una proporcion incalculable por la imaginacion; no sufre tan sólo como el animal por el presente, sino que se atormenta con el pasado y con el porvenir: añadid á eso el inmenso contingente de penas morales que son la herencia del hombre y de las que el animal apenas recibe una sensacion pasajera, borrada muy pronto por la turba de nuevas sensaciones. Hé aquí un estudio de fisiología comparada *del Dolor*, cuyo autor es bien conocido de nuestros lectores y que termina seriamente en el mismo sentido. «Es probable que existan, segun los individuos, las razas y las especies, diferencias considerables en la sensibilidad. Y así se pueden explicar en general las diferencias que estos individuos, estas razas y estas especies presentan en su manera de contrarestar el dolor.» Conviene hacer reservas sobre lo que vulgarmente se llama el valor del sufrimiento. La diferencia en la manera de contrarestar el dolor físico, no tanto parece aguardar relacion con un grado diferente de voluntad

(1) Véase esta misma discusion en el capítulo 13 de la tercera parte. *Filosofía de lo Inconsciente*.

como con grado distinto de sensibilidad, siendo el dolor muy vivo en un caso y ménos intenso en el otro. Un médico de marina habia visto algunos negros andar sobre llagas, sin que aparentasen padecer, y sufrir, sin gritar, crueles operaciones. No es, segun esto, por falta de valor por lo que un europeo gritaria durante una operacion que un negro soportaria sin pestañear, sino porque habria de sufrir diez veces más. Todo esto tiende á dejar consignado que hay entre la inteligencia y el dolor una relacion tan estrecha, que los animales más inteligentes son aquellos que son capaces de sufrir más. En las diferentes razas se observa exactamente la misma proporcion. La ley parece, pues, ser esta: «El dolor es una funcion intelectual tanto más perfecta, cuanto más se desarrolla la inteligencia (1).»

E. CARO.

Trad. de A. P. V.

(Continuará.)

LAS CREENCIAS DEL OBRERO *

El primer trabajo del hombre fué la ocupacion de los dones gratuitos, que al Creador plugo enviarle. El fruto del árbol al alcance de su mano apagaba su inteligencia y enmohecia su actividad. Mas el fruto pasa con su estacion, y mientras la naturaleza lo elabora de nuevo entre misterios sublimes, el hombre, hostigado por el hambre, se lanza sobre la presa que por el bosque cruza, y al devorarla jadeante y fatigado, funda en su sangriento banquete la nocion primitiva del *trabajo*. Esta conquista despierta su inteligencia, porque, sin la ligereza del gamo, sin la fortaleza del leon, sin la musculatura del oso, sin las armas del tigre, necesita luchar con las fieras, necesita dominarlas y su espíritu sacude el angosto sudario de tinieblas, y su ingenio se aguza, y prepara el ataque, inventa ardidés, se asocia con sus semejantes, para ser más fuerte. Derriba la res y el botin se reparte por igual; cada salvaje *posee* su parte; la nocion de *propiedad* queda consagrada. El más ágil, el más

fuerte, caza más, *produce* más, pero no puede guardar, en premio de su mayor trabajo, el exceso de sus presas, y este comunismo de los bosques lleva en sí el germen de un privilegio odioso en favor del perezoso y del inepto.

Pero un hombre, más pensador que los otros, en vez de inmolar animales inofensivos, los atrae, los domestica, los convierte de víctimas resignadas en amigos agradecidos, y redime su salvaje pobreza con la dócil oveja y la cabra indómita. Entónes nace el *capital*. Producto ahora de la inteligencia, recibe enseguida consagracion con el trabajo, pues el hombre, convertido en pastor, tiene nueva ocupacion: la de guiar su rebaño en busca del fresco prado, de la fuente cristalina. Despues el más inteligente y el más activo reciben su premio; agrega uno á su colacion la leche espumosa; cubre otros desnudos miembros con las pieles que el sol curte; mejora aquél su ganado llevándolo en busca de pastos mas sabrosos; hila otro, en fin, la lana del rebaño. De aquí que si alguno esfuerza más su inteligencia, ó fatiga más que los otros su cuerpo, en el aumento de *capital* halla el premio de su trabajo intelectual ó físico. Y guarda su *capital* y defiende su *propiedad* contra la vecina tribu, que se lanza á la rapiña; pero en esta alborada de la civilizacion, el derecho es la fuerza, y allí empieza el eterno guerrear de los que ambicionan comodidades ajenas sin el trabajo de crearlas.

Los aduares se multiplican; el pastor, ociosa su inteligencia, sigue una vez en Chaldea la marcha de los astros, lejana huella de la futura ciencia, y admira otra, pensativo, la renovacion misteriosa de las plantas que su ganado devora. Allí y así nace la ciencia, así y allí abre su cáliz la flor hermosa del saber humano. Tras este estudio, arroja el cayado, empuña la azada, y de pastor se transforma en labrador. En su nuevo destino, abre la tierra, labra, siembra, planta, recoje, se erije en dueño del terreno que le amarraba, y dá su nombre al pedazo que guarda su abrasado sudor. Porque aquella tierra ya labrada encierra un trabajo anterior, un *capital*, y no es justo que otro siembre en ella y recoja, sin fatiga, la rica mies. El más laborioso posee más terreno, recoje mayor cosecha, guarda el sobrante, y adquiere un *capital*.

Si con él puede satisfacer todas sus necesidades materiales, abandona el cultivo de la tierra, su espíritu inquieto se lanza á otras regiones, y el afan de distinguirse de los demás hombres ó un secreto y desconocido impulso, le arrastran al conocimiento de la verdad, á fundar las ciencias ó á consumir quizá en la ociosidad perniciosa el fruto de su anterior trabajo. Pero la tierra, que abrió y labró, guarda aquel trabajo que ha de servir para siempre, y al cederla al hermano de la tribu, le exige

(1) *El Dolor, estudio de psicología fisiológica*, por M. Richet. *Revista fisiológica*. Noviembre, 1877.

* Discurso pronunciado en el Ateneo obrero de Valencia, en el aniversario de su fundacion.

un premio por el adelanto que le presta, por el *servicio* que le hace, y ese premio justo es el *rédito del capital* enterrado en la tierra al descujarla. Y como el trabajo acumulado sirve al hermano un año y otro, si le dá al tomar la tierra el premio de un solo año de uso, al siguiente ha de darle un premio igual, y así siempre; de donde nace la *perpetuidad del rédito*, como ha nacido la *legitimidad del interés*. Mas no surge de este modo solamente, sino de otros ciento á la vez, aunque en el fondo iguales.

En esta via lanzado el hombre, construye su vivienda en la gleba, y para no destruir su brazo al romper el suelo, inventa los instrumentos agrícolas y los carga sobre dóciles bestias, que le ayudan poderosamente en su rústica faena.

Pero pídele otro que le ceda sus instrumentos de labranza. Hé aquí un *capital* no producido como el anterior por el *trabajo material* solo, sino también por el *ingénio*, y claro es que requiere un premio si se presta. El que le toma se encuentra con un medio poderoso de aumentar sus productos, de mejorar su suerte; recibe un *servicio* y ha de pagarlo con otro servicio. El que presta podría usar los instrumentos, pero se priva de su uso en beneficio de otro, y claro es que la equidad reclama un *premio* para esta *privacion*. La forma del contrato de préstamo puede ser vária, es libre; si se hace por tiempo limitado, el premio, el *rédito* que al primer período corresponda, debe corresponder también al segundo, al tercero, á todos, porque al fenecer cada uno se reproducen idénticas las condiciones del principio. Y así aparece justa y natural la *legitimidad y la perpetuidad del rédito*, de otro modo nacida.

Este ha sido el origen del capital y de la renta. Mas luego adelanta la civilizacion, se perfecciona el hombre, aumenta su bienestar, cultiva las ciencias, esclaviza la industria, y nuevo Titan, intenta escalar el cielo de la eternidad, del *espacio y el tiempo*, anulando la distancia, con cintas de hierro que el fuego recorre, con febles alambres que el misterio anima. En este nuevo y maravilloso trabajo, el capital afecta formas variadas hasta el infinito, mas su concepto filosófico no se altera. El capital es un trabajo acumulado, un producto conservado; se forma á costa de privaciones, de sacrificios: se priva el dueño de gozar inmediatamente los valores producidos; hace el sacrificio de *ahorrar* para aumentar con ello su fortuna.

La habilidad de un obrero, la destreza de un operario, la asiduidad de un trabajador, la fortaleza de un jornalero, la economía, el orden, el ahorro, son medios de producir más, son *capitales*.

Al mas hábil se le paga mayor salario que al

torpe; la diferencia es el *rédito* de su *capital*, y es *perpétuo*, porque siempre que el hábil trabaje producirá más que el torpe. El socialismo quiere destruir esa ley de justicia que llama *privilegio odioso, explotacion del hombre por el capital*, medirá, pues, á todos los obreros por el rasero del menos diestro, del más holgazan. ¡Qué odiosa injusticia!

Los instrumentos, las máquinas, que aumentan el regalo y dilatan los horizontes del consumo, las casas, las fábricas, el dinero y el papel-moneda, como representantes de valores y por su valor intrínseco, todo eso son capitales. El ingénio, el talento, la intruccion, el saber, el crédito son también capitales; y como todo ello contribuye á la produccion, como el que posee un capital al prestarlo á otro se priva de su usufructo y de su goce, de aquí que este *servicio* tenga que cambiarse por otro *servicio* y el *rédito* aparezca por necesidad absoluta. Terminado el tiempo del préstamo, vuelve el capital íntegro al dueño, y como este puede prestarle de nuevo y recibir nuevo *rédito* en cambio de su otra privacion, de aquí que el rédito sea legítimamente perpétuo.

Tales son, brevísimamente examinados, el abo-lengo, el origen y la formacion de los capitales; tal la legitimidad del crédito con interés perpétuo. Al principio se forman los capitales á duras penas, hay pocos, es mas difíciles desprenderse de ellos, hay muchos que los piden. pocos que los prestan, y el *rédito* es crecido y fabuloso; pero se multiplican con rapidez, se forman con más facilidad, con menor fatiga, y el premio baja porque el servicio prestado es menor, y así la *libertad de crédito*, facilitando la circulacion, estableciendo la competencia, disminuye el interés cada vez más y pone los capitales al alcance del más humilde proletario.

Tal y tan legítimo es el capital, tal y tan legítimo es el rédito. Bien sé yo que no creéis vosotros en las engañosas doctrinas que esto niegan, que os pintan al capital como el verdugo del trabajo, que enardecen la sangre del obrero y ofuscan su vista, pintándole un porvenir de riquezas sobre las humeantes ruinas del capital. No, no las creéis, porque vuestro buen sentido arranca el gastado y crapuloso antifaz de esos sofismas, y os dice que no es el capital verdugo del trabajo, sino hijo del trabajo; que no es el capital lo que mata, sino lo que vivifica, lo que mejora del trabajo, y así como el trabajo produce el capital, así, por ley maravillosa de armonía, el capital fomenta y sostiene el trabajo. Son, pues, trabajo y capital armónicos, no antitéticos. Ayudar la creacion de los capitales por medio de la libertad económica, es mejorar la suerte del trabajador, es contribuir á

su emancipacion posible; declarar la guerra al capital, destruirle si asequible fuese, seria destruir el trabajo, aniquilar el trabajador, y á esto camina el socialismo. La abolicion del rédito, *el crédito gratuito* es el quietismo social; la legitimidad del interés, con la libertad de crédito, es el movimiento social, la vitalidad, símbolo del progreso: lo primero, lo que pretende el sociacismo es la ruina del obrero; lo segundo, lo que nosotros deseamos, es su bienestar, su fortuna, lo que le cambia de trabajador en capitalista, lo que le lleva por el camino de la rectitud, de la verdad y de la honradez á los más altos puestos, y á las más puras dichas. ¿Y habrá ciegos de entendimiento que vacilen todavía?

La propiedad se funda en *el valor*; lo que nada vale, nadie tiene interés en apropiárselo, es dón gratuito de la naturaleza, y sin embargo, puede ser *útil* y aun *necesario* al hombre. De aquí que las ideas *utilidad* y *valor* sean esencialmente distintas. El aire es *útil*, es necesario á la vida humana, sin respirarlo la sangre venosa no se convertiría en arterial, la muerte seria segura. Y sin embargo, el aire nada vale, no tiene *valor*, nadie se lo apropia, á nadie ocurriria comprarlo á su vecino; no forma *propiedad*. La luz y el calor solar son *útiles*, necesarios á los séres organizados, y sin embargo, no tienen *valor*, no tienen precio, no constituyen *propiedad*. El agua que sigue mansa su curso lamiendo la costra terrestre es *útil*, es necesaria al hombre, y sin embargo, su utilidad no le da *valor*; cuando todo el mundo puede tomarla en el rio nadie se la apropia, nada vale.

Pero si se conduce por medio de obras hidráulicas para abastecer la poblacion vecina, el agua que brota de la fuente tiene ya *valor*; su utilidad es la misma que cuando por el rio discurria, pero la fatiga, el trabajo, el capital invertido en la conduccion han de tener su premio; este premio, libremente ajustado, es el *valor* que toma el agua; entonces ya no es de todos, es del que ha puesto el trabajo, constituye, pues, *propiedad*. Y es inexacto decir que el agua ha adquirido *valor*, pues que este no es suyo, no es por ser distinta de las demás aguas, se lo dan los accidentes; si la poblacion estuviera á las orillas del rio, no lo alcanzara y el agua fuera la misma. El *trabajo* es, pues, el fundamento del *valor* y este es el fundamento de la propiedad.

Del mismo modo la caída de aguas que da mo-

vimiento y vida á un artefacto, es una propiedad porque tiene valor, y este proviene no del agua, que entra en la máquina y de ella sale sin alteracion, sino de la presa, del canalizo, de la compuerta, de la rueda ó la turbina, del capital, del trabajo, en fin, que se necesitó para encadenar la naturaleza con el arte. ¡Cuántos saltos de agua, iguales ó mayores, se perderán despreciados lamiendo la lisa roca!

Y si hubiera de indemnizarse el *trabajo de la naturaleza* en el salto de agua, no habria en la tierra valores suficientes para pagar una gota. El calor del sol evapora las aguas de lagos y mares, fórmanse las nubes, un enfriamiento las resuelve en lluvia; deslízanse, al caer bajo el imperio de la gravedad fatal que las amarra á la tierra, por la superficie, en pequeños arroyos que se funden en rios caudalosos; dan vida á la industria; mueven las máquinas formidables; apagan la sed del campo, y tornan, en parte, al mar, su primera pátria, y siempre es agua, y siempre encadenan desconocidas fuerzas los dos gases que la constituyen, que la convierten en sangre de la tierra. ¡Misterios sublimes que, sin embargo, carecen de *valor*! Por eso no son *propiedad* de nadie. ¿Quién posee la evaporacion terrestre? ¿Quién es *dueño* de la nube voladora? Donde no hay trabajo humano, la propiedad no existe.

Una mina de hulla se vé á lo léjos. Profundas y compactas las capas, es difícil extraer el mineral, tendria un coste superior quizás al precio del mercado. Y sin embargo, es tan útil aquella hulla, como la que entretiene el hambre de la rugiente locomotora. Nadie quiere aquella mina, no tiene valor; allí solo hay un trabajo de la naturaleza almacenado, gratuito; mas para usarlo se necesita el trabajo del hombre. Uno se presenta con poderosas máquinas, abre la tierra y arranca de sus entrañas la negra riqueza; es ya suya. ¿Por qué? Porque representa el premio de un trabajo; el rédito de su capital. La vende. ¿Por cuánto? A lo más por el precio de su trabajo; que si más pidiera, ó la compraran á otro, ó explotarian tambien la mina. Su propiedad es su trabajo; el intermedio la hulla.

Una tierra (y esta es la cuestion capital por hoy) es pantanosa, está abandonada. Un empresario la sana, derriba los árboles, la prepara, siembra la semilla y recoge la cosecha. Gran parte de su trabajo y de su capital quedan en la tierra, apta ya para eterna produccion; y pues que él le ha dado valor, él debe ser el propietario. "Pero la cosecha, dicen, la dá la naturaleza, y el propietario lo que hace es apoderarse de ese *valor*, que no le cuesta *trabajo*, y venderlo; esa es la inmoralidad, ese el monopolio, ese es el robo." ¡Grosero sofisma! No

hay *valor* alguno que no cueste *trabajo* al hombre; puesto que la cosecha tiene valor, algún trabajo le habrá costado. Veamos, pues, qué parte tiene en ella el hombre, y qué parte la naturaleza.

Para poner la tierra en producción se ha desecado, descuajado, labrado, se han hecho acequias, construido casas, fabricado instrumentos. El hombre, el arte, el capital, el trabajo han preparado el camino; han montado la máquina. Hasta aquí todos son fatigas y desembolsos. Para cada cosecha se abona la tierra, se trabaja, se riega, se compra la semilla, se siembra, se escarda, se limpia, se vina, se siega ó se arranca, se trilla ó se recoje, se lleva al mercado el producto. Todo esto lo hace el hombre, y ¿qué ha hecho la naturaleza? Lo que en *todas las industrias*, contribuir con las fuerzas naturales á la producción, por medio de maravillas sin cuento, todas admirables, pero todas sin valor.

Contribuye á la formación de la espiga por medio de la humedad, la luz, los elementos químicos y la asimilación; como contribuye á la formación de la hulla depositando calor solar en el corazón de los troncos que á su ardiente contacto se carbonizan, y enterrándolos millares de años; como contribuye á moler el trigo por medio de la gravedad, del peso del agua que hace girar la muela, ó del impulso del viento que repele con violencia las aspas del molino; como contribuye á fabricar un tejido moviendo el telar por medio del vapor que produce el carbon de piedra, trabajo primitivo donde encerró sus fuerzas para prestarlas después á la industria y asombrar al mundo con sus transformaciones. Todo nace de las fuerzas primitivas, y estas son gratuitas. El trabajo humano las apropia á los usos que le conviene, las hace tributarias de la inteligencia para producir valores. Estos valores, no las fuerzas primitivas, constituyen la propiedad. La gravedad que mueve las pesas de un reloj no se paga, no tiene valor; lo que se paga es el mecanismo que lo obliga á servir para aquel objeto. La gravedad mueve las manecillas; el hombre no ha hecho más que disponer unas ruedas para que caminen más ó menos de prisa. Lo mismo en el cultivo de la tierra, fuerzas misteriosas y desconocidas hacen germinar la semilla y crecer la planta; el labrador no ha hecho más que disponer todos los medios para obtener el resultado.

El trabajo del relojero, como el del agricultor, se reduce á preparar los elementos; la naturaleza hace lo demás. Si uno necesita instrumentos para fabricar sus ruedas, máquinas há menester el otro para abrir y cavar sus tierras; si ingenio requiere una combinación, talento necesita la otra, y nadie dice que el reloj es un dón de la naturaleza, que es un monopolio, que es un robo, y hay, sin em-

bargo, quien sostiene que la cosecha es gratuita, y la propiedad robo y monopolio. Es que en el reloj *lo que se vé* es el trabajo humano, *lo que no se vé* la acción natural; y en la espiga, *lo que se vé* es el fruto de la naturaleza, lo oculto el trabajo del hombre. Mas en ambos casos, como en toda la *industria*, lo que tiene *valor*, lo que es apropiable, es el trabajo; lo demás es gratuito, nada vale; abierto á todos está.

Aunque el trabajo es el fundamento esencial del valor, no siempre el precio está en relación con el trabajo. Hay trabajos estériles, perdidos; hay quien se fatiga mucho para producir poco, y claro es que *el valor* no está medido por ese trabajo, que puede ser inútil. Por eso la medida de los valores estriba y se hace en el cambio de servicios. El valor se mide, no tanto por el *trabajo que encierra*, como por *el que ahorra*. De aquí las diferencias naturales entre los cultivos de distintas tierras, entre las explotaciones de diferentes industrias.

Estas breves reflexiones, que no podemos detallar, demuestran que la propiedad individual está fundada en el trabajo, que es *legítima*, que es *moral*, que á semejanza del capital y del rédito, surge y brota del libre juego de los intereses en la vida social. La propiedad privada es hija del trabajo; el que ha producido los valores que la forman debe gozarlos, y esta es la palanca del progreso y el fundamento de la civilización. "Sin la propiedad es imposible el cumplimiento del fin humano, y la propiedad no se adquiere sino con el trabajo." (1) Se engañan los que creen que hay *propiedad gratuita cedida por la naturaleza al hombre*; lo que es gratuito no tiene valor; no puede ser propiedad de nadie. Propiedad y comunismo son ideas antitéticas; bien lo dice el sábio proverbio depurado en el crisol infalible de la experiencia:

*Lo que es del comun
No es de ningun.*

Si la naturaleza fuera bastante pródiga para arrojar al rostro del hombre su sustento, este orgulloso rey de la creación pagaría con su inteligencia los ópimos, gratuitos dones, viviría sin ensayar una idea, sin soñar una industria, en el quietismo que embrutece, en la molición que enerva, en el materialismo que mata. Ese es el comunismo de

(1) "La defensa del derecho de propiedad y sus relaciones con el trabajo," por D. Vicente Santamaría de Paredes, Madrid, 1874. Recomendamos la lectura de esta Memoria, justamente laureada por la Real Academia de ciencias morales y políticas, á los socios de Ateneo aficionados á este linaje de asuntos.

los bosques, postrer destello del estado salvaje. El comunismo moderno queriendo *universalizar la propiedad*, la declara colectiva.

Al abolir por *ilegítima* la privada, se funda en una falsedad para cometer un atentado. La falsedad la hemos hecho evidente al demostrar que la propiedad privada es legítima; el atentado es destruir el interés individual, manantial fecundo de cuantas grandezas y maravillas admiran hoy al mundo, aniquilar el trabajo, fuente de bienestar; condenar, en fin, la humanidad á recorrer el ciclo del retroceso, en el tenebroso abismo de la barbarie. Pero no temais, que no sucederá, porque la ley del mundo es el progreso y ¡ay del que pretenda interrumpir la majestuosa carrera de la perfección humana!

Todos los días lo ganais; cada semana lo entregais á vuestra familia y con él la paz y la dicha de un sustento ganado con el sudor nobilísimo de vuestro rostro. Es el salario, lisa y llanamente, una forma de remuneración del trabajo. Dos elementos importantes, necesarios, contribuyen á la producción de los valores: el capital y el trabajo. Ambos tienen derecho perfecto á participar del valor creado, que ni el capital se aplica á la producción, por el placer de producir, ni el obrero se fatiga y consume sus fuerzas, por el gusto de vivir ocupado. Busca el capitalista la renta de su capital, desea el obrero el premio de su trabajo; consigue el primero un *interés*, gana el segundo un *salario*. El interés, es, por consiguiente, el *salario* del trabajo acumulado; el salario es *el interés* del trabajo actual, y ambas formas, salario é interés, se funden en su esencia en una sola: *la renta*. Dedúcese, pues, que en todo valor producido hay una parte que pertenece al capital, otra que se debe al trabajo, y de aquí surgen dos cuestiones: 1.ª, determinación del *quantum* de cada parte; 2.ª, forma de distribución entre ambos coproductores, de la parte que á cada cual corresponde.

La primera cuestión fácilmente se resuelve con el principio de libertad, clave de la armonía; libres ambos, obrero y fabricante, jornalero y empresario, debaten el asunto y cierran su pacto de comun acuerdo sobre la base de la equidad.

El medio que más natural parece de resolver la segunda cuestión es, una vez cambiada ó vendida la obra, repartir á cada factor, capital y trabajo, la parte estipulada en el libre convenio. Mas esto, por natural y lógico que sea, tiene en la práctica

graves inconvenientes. En primer lugar al venderse la obra hecha, se somete á las oscilaciones del mercado, y unas veces se cambiará por más y otras por menos valores, lo cual equivale á decir que unas veces será mejor y otras peor recompensado el mismo trabajo, que sacará mayor ó menor interés el capital. Y también ocurrirá que la obra producida sea mala, ó no tenga aceptación, ó se deteriore, ó se pierda, y no ofreciendo valores por ella, el capital se pierde y el trabajo queda sin recompensa. Véase aquí, en el fondo de la cuestión, una inseguridad perjudicial á los intereses de los co-productores, que ni pueden contar con un premio fijo, ni en algunos casos con renta alguna.

Además, si tarda en venderse la obra, ¿qué hace entretanto el obrero que espera ansioso el fruto de su trabajo? ¿Qué el fabricante que aguarda impaciente la renta de su capital?

En la alborada de la civilización no hay acuerdo posible; las cosas han de pasar así necesariamente, porque no puede calcularse la parte de valores absolutos que á cada cual corresponde; porque no hay experiencia de semejantes cambios, porque todo es eventual, porque las últimas sombras del comunismo primitivo, luchan y batallan con los primeros destellos del individualismo, y sólo veladas aparecen las nociones del *tuyo* y *mío*. Pero avanza la civilización, y á su calor se disipan las nubes de la ignorancia; crece el horror del hombre hácia lo inseguro, lo eventual y lo desconocido, tanto como su cariño hácia lo seguro, lo fijo y lo cierto, y esas dos fuerzas, obrando en la misma dirección é igual sentido, aplicadas á la inteligencia, dan por resultante mil variadas é ingeniosas combinaciones, cuyo fin es acercarse á la seguridad y huir de una pavorosa incertidumbre. Y como de lo desconocido es muy difícil triunfar, el que lo consigue tiene mayor premio, pues que se arriesga más, y es natural que el *premio* esté en razón directa del *riesgo*. Quien de lo seguro trata, no adquiere el beneficio de la seguridad, sino con algún sacrificio equivalente, y así, á igualdad de trabajo, tiene menor premio el que nada arriesga.

¡Cuántas y cuán variadas invenciones existen para combatir ese repulsivo desconocido! La producción está á merced de lo improvisado, su carácter es la inseguridad. El incendio que devora la fábrica, el granizo que destruye la cosecha, el mar bravío que sepulta la nave, el huracán que arranca los árboles, el terremoto que destruye los pueblos, la garra de la guerra que exprime sangre, la inundación que siembre por do quiera ruina y muerte, y otros mil accidentes variados hasta el infinito, son perpétua amenaza de la producción, fatídica silueta de esa angustiosa incertidumbre. Pero el progreso la ha borrado, y las Sociedades

de seguros, los Bancos de prevision, los Montepios, las rentas, el sueldo fijo, *el salario*, anulando la eventualidad, conquistan al hombre un tranquilo bienestar, que ni soñar podria en las azarosas inquietudes de un pasado de oscuridad y de tinieblas.

Así, con el actual de adelanto social, la segunda cuestion que quedó planteada, hal'a ya fácil solucion. El obrero, ansioso de seguridad, prefiere un valor igual y constante á los que le producen las oscilaciones del veleidoso mercado. Su trabajo es la sávia de su vida, y no puede esperar la venta de la obra para gozar el legítimo premio de su fatiga. Entónces, dentro del principio salvador de libertad, el capitalista se compromete á darle por su trabajo una cantidad fija, le asegura una renta, le emancipa de las variaciones del mercado, de los accidentes fortuitos de la venta tardía, de la pérdida parcial, ó total, del riesgo, en fin. El obrero cede su trabajo á cambio de una cantidad estipulada, adquiere la seguridad, cediendo por su parte algo del valor del trabajo. Esa cantidad fija es *el salario*; el capitalista, dueño de toda la obra producida, se convierte en fabricante, en empresario. En este nuevo contrato, todos los riesgos, todos los accidentes son del capital, justo es que goce tambien todos los provechos extraordinarios; toda la fijeza, toda la seguridad es del trabajo, natural es que la adquiera á cambio de otro servicio.

Nace, pues, el salario cuando la sociedad ha progresado bastante para combatir lo desconocido, y su aparicion rompe las ligaduras que sujetan el obrero á una abrumadora incertidumbre.

Es lo general y es lo comun que el obrero prefiera la fijeza del salario á la esperanza de otra participacion en el valor producido, y por eso tal forma de premio ha extendido su dominio por todas partes donde la civilizacion ha clavado su enseña. No es la forma definitiva, ni la mejor, en absoluto, de remunerar el trabajo, pero es justa, natural, equitativa y necesaria; significa un progreso, un adelanto, una perfeccion, y no es como el apasionado socialismo supone, una institucion odiosa é inmoral.

En aquella fábrica trabajan centenares de obreros. Su salario es moderado, es menor que el premio que su trabajo merece. Si participaran de los valores producidos, cuando se venden, en la proporcion equitativa, sacarian más, tendria su trabajo mayor recompensa. La diferencia es el precio de la *seguridad* que gozan. Así aunque son libres para romper su contrato y fundar otro, no lo hacen; sólo se exaltan cuando el socialismo, en el ejercicio de su caritativa mision, les predica que el fabricante les roba y los esquilma, y medra con

sus sudores. Pero hé aquí que una competencia, una desgracia, un cálculo erróneo, arruinan al empresario, le sumen en la más espantosa miseria. El obrero, que ha cobrado el precio convenido de su trabajo, se va á trabajar á otro lado, y no ofrece al desolado fabricante sus auxilios, ni el benéfico socialismo se lo aconseja. ¡Ah! Cuando el dueño ganaba, ¡reclamábais parte de sus ganancias, y ahora que pierde no quereis tomar parte en su desastre? ¡Singular contradiceion que arguye lo ilegítimo de vuestras pretensiones!

El salario es, pues, una forma justa, aunque perfectible de participacion en el producto. En ciertas condiciones de adelanto social, la cooperacion le aventaja, mas siempre el salario es el pan de cada dia que se consigue sin angustias, sin inquietudes y sin riesgo. Representa la *seguridad*, la paz, la tranquilidad, y se compran estos elementos de bienestar con servicios, á costa de algun trabajo. La condicion precisa para que el salario sea equitativo, es la libertad entre los contratantes; si por una ú otra parte hay presion, el equilibrio es inestable, la máquina funciona forzada, y, al estallar, á todos tocan los desastres del siniestro. La presion por parte del capital es odiosa, tan odiosa y tan condenable como la presion por parte del trabajo.

Si aquella es un abuso vituperable de la posicion, esta es un abuso repugnante de la fuerza. Cuando se realizan, el hecho es funesto, el síntoma deplorable; indica eclipse parcial de libertad. Estos meteoros, son lo anormal: en los períodos normales está probado ya por ilustres economistas, y lo ha demostrado tambien en su ya citada Memoria mi jóven amigo el doctor Santamaría de Paredes, que "*la fijacion del salario ni es arbitraria ni nace del capricho del empresario*," sino que obedece á las leyes económicas que regulan la oferta y el pedido, que derivan de las condiciones esenciales y formales del mercado.

No es la última ni la menor de las ventajas del salario dar medios al obrero de convertirse en fabricante. Asegurada su renta por horas fijas de trabajo, sin incertidumbre ni angustias, tiene el obrero quizás algun tiempo, algun dia libre que dedicar á otras tareas, y puede arreglar sus gastos á una parte menor de lo que por su salario perciba. La esperanza de mejor fortuna le dá fortaleza y constancia, y al cabo de algunos años, los *muchos pocos* que ahorró, ponen en sus manos un pequeño capital, primera piedra de su futura casa.

Multiplica sus esfuerzos el novel fabricante; crecen sus productos, aleja más cada año los límites de su industria, y el premio de sus afanes es convertirse en miembro de esa llamada clase media y gozar mayor suma de satisfacciones á cam-

bio de pasadas fatigas. Examínese la inmensa mayoría de lo que el socialismo, en su castizo lenguaje, llama *burguesía* ó *clase burguesa*, y se verá cómo todos sus individuos, todos esos que llama *indignos explotadores*, son los oficiales, los obreros, los dependientes, los jornaleros, los estudiantes de ayer; todos son hijos del trabajo, son sus obras la leyenda de su escudo.

El salario es para el obrero un instrumento de redención.

¡Bien haya lo que tanto bien produce, siquiera solo sea *lo bueno, camino seguro de lo mejor!*

JUAN NAVARRO REVERTER.

(Concluirá.)

LA VANIDAD.

La vanidad es la compañera de la envidia; el coquetismo el agente de estos dos vicios.

Voy á pintar en esta historia uno de sus más lastimosos triunfos, y para que mis razones tengan más peso, voy á empezar dando la definición de la mujer, según la dá un autor desconocido, pero de buena familia, que si no mienten las crónicas nació en Pérsia.

"La mujer, dice, es una erupción de la que nuestro primer padre se vió acometido al salir al mundo, una nueva enfermedad que hay que añadir al inmenso catálogo de las que ha tenido á bien regalarnos la sabia naturaleza. Como pertenece al género de las incurables, principalmente en el período del matrimonio, toda lucha con ella es imposible, y por lo tanto, el único recurso que para combatirla nos ha quedado es el derecho de escogerla más ó ménos benigna. Este gran recurso se vé, sin embargo, destruido en gran parte por una grave crisis que en el mundo médico-social se conoce con el nombre de suegra, mamá-suegra y madre política, según los grados de intensidad con que acomete. Amigo, como soy, de hacer todo el bien que puedo á mis hermanos, voy á dar algunas, aunque no invariables noticias sobre esta crisis de resultados tan funestos las más veces.

Como método preventivo de la enfermedad, debe casarse el hombre joven para que su naturaleza, al recibir el terrible choque, la pueda resistir. Si se resiste nueve años á la suegra sin que se resienta el organismo, puede asegurarse que la enfermedad está vencida, y queda el consuelo de

que hasta la muerte natural sólo se sufre un padecimiento crónico que puede paliarse con grandes dosis de paciencia, que el enfermo debe administrarse á menudo; sirva esto de consuelo á los casados. Los infelices que no prueben estos resultados, no les queda para su mal otro recurso que pegarse un tiro."

Esto asegura el célebre autor antes citado, pero yo, con su permiso, difiero en algo de sus opiniones; pues si bien no desconozco el fondo de verdad que encierran sus palabras, creo que de sus tiempos acá la civilización ha domesticado de tal modo á las suegras, que el mal que producen ha quedado reducido á la afección crónica.

Volvamos á mi asunto:

¿Quién no sabe lo que es el coquetismo en la mujer? ¿Quién no conoce las terribles consecuencias á que dá lugar? ¿Quién no ha podido apreciar alguna vez todo lo que vale, todo lo que cuesta, todo que fastidia? Ejemplo al canto.

Estaba veraneando en San Sebastian. Me paseaba una serena noche del mes de Agosto por la orilla del mar, hará poco más de un año, contemplando las gigantescas olas que al estrellarse en el malecón, formaban montes de espuma que otros montes de agua deshacían, cuando de repente y en ménos tiempo que lo cuento, veo acercarse un hombre hácia donde yo estaba, y sin decir siquiera buenas noches, dando un enorme salto, arrojarse en el húmedo elemento. Quedé un instante aterrado, pero recobrando al punto mi serenidad empecé á pedir socorro á gritos, explicando á los que llegaban lo ocurrido, y en un instante cuatro ó seis valientes marineros se arrojaron al mar por el sitio que yo les indiqué. Nada más hermoso que aquella lucha del hombre por el hombre, y ningún placer más puro, según creo, que el que se experimenta al hacer un bien por el placer de hacerlo. Habían pasado excasamente cinco minutos, cuando las voces de uno de los salvadores nos indicó que se había encontrado el cuerpo, y que se le traía hácia donde nosotros estábamos para que yo le reconociera. Al ver el ahogado no pude ménos de dar un grito; había reconocido un íntimo amigo mio, de una gran familia, y que parecía disfrutar de una envidiable posición. Como el tiempo que había permanecido bajo el agua había sido poco, fué fácil hacerle volver á la vida, y una vez llenadas las formalidades judiciales, me permitieron que me le llevase, en un cochecillo que nos proporcionaron, á la fonda de Beraza, donde dijo que habitaba. Déjole descansar aquella noche, después de encargarse que nada le faltara, y á la mañana siguiente fuí á verle á cosa de las ocho. Ya estaba levantado; cuando entré en su cuarto me escribía rogándome le viese aquel mismo día.

—Cómo,—le dije,—te figurabas que despues de la escena fúnebra de anoche, y que por fortuna no tuvo el desenlace que tú esperabas, iba yo á tener la sangre fria de novenir hoy en cuanto pudiera á conocer la causa del grave crimen que ayer estuviste á punto de cometer.

—Tienes razon,—me contestó mi amigo, que desde ahora llamaremos Antonio,—pero tal es la vergüenza que tengo de la cobarde accion que he cometido, que consideraba natural que todos me abandonaran, hasta tú, mi querido amigo.

—Mal hiciste en pensarlo,—repliqué;— pues aunque no conozco la causa que te impelió á tu resolucion, creo que debe ser muy grave, cuando llegó hasta ese punto. No te la perdono, sin embargo, hasta que con entera franqueza oiga de tus lábios una explicacion completa y clara.

—Así será; Oyeme, pues.

Haria apenas un mes que fuiste destinado á la legacion de Berlin, cuando realizando el deseo de toda mi vida, se efectuó mi matrimonio con Carolina y me creí el más feliz de los mortales. Mi pobre madre, de la que tú te acordarás, me aconsejó repetidas veces que desistiera de aquel enlace y yo, ciego por la pasion, la acusaba de injusta, y á su pesar hice mi gusto. Cuántas veces en los pocos años que desde entónces han trascurrido he recordado sus consejos; cuántas veces al pié de su tumba he llorado el no haber seguido sus cariñosas exortaciones. Mi madre conocia bien á la que destiné para mi esposa; su carácter alegre y amigo de broma y de bullicio seducia á primera vista, pero hastiaba y molestaba cuando se luchaba con él á todas horas. Amiga del lujo con exceso, en extremo pagada de su hermosura, todo le parecia poco para su belleza y gustaba en extremo de que todo el mundo la requebrase y la atendiese, sacrificando en aras de su vanidad mi cariño y matándome á celos. Mi fortuna, aunque grande y sana, desapareció como el humo ante el viento de sus caprichos, y lo más doloroso es que al par que mi dinero, veía desaparecer el amor de mi mujer que me despreciaba, porque decia era poco para ella cuando no suscribia con mi bolsillo á alguno de sus descabellados deseos. La existencia así me era insoportable, y por no perder el cariño de aquel mónstruo de orgullo y de amor propio, yo, á quien se citaba como el más implacable enemigo del azar, jugué para que no me faltara dinero y, como era natural, no sólo no gané, sino que al fin y al cabo contraí enormes deudas que me envolvieron en mil compromisos, y me dejaron casi en la miseria. Pero nada es todo esto en comparacion de lo que ahora me acaba de suceder. Mi mujer, á la que la pérdida de nuestra fortuna no habia modificado en nada su antiguo carácter y que nunca ha

consentido ni en ceder en lujo, ni en vender sus alhajas, aun cuando no comiéramos, habia contemplado su adorno moral con un nuevo vicio que es para mí el más feo, el más repugnante: la envidia. Una noche, al volver de un baile, noté cierto susto [en su semblante, cierta inquietud que, ni aún en los tiempos en que más nos perseguia la desgracia habia notado en ella. La pregunté con insistencia el motivo de su incomodidad, y por más que hice no pude obtener más que respuestas evasivas que nada me explicaron. Pero pronto, muy pronto habia de saber el motivo de su susto. A la mañana siguiente y cuando apenas acababamos de levantarnos, llamaron á nuestra puerta, y ví aparecer con terror ante mi vista un juez y un escribano acompañado de varios agentes de orden público. En pocas palabras me enteró del motivo de su visita; mi mujer estaba bajo el peso de una terrible acusacion; se la imputaba de robo de unas alhajas pertenecientes á la señora que habia dado el baile la noche anterior. Grité, protesté contra aquel aserto, pero cediendo á la necesidad, permití que se procediese á un registro en mi casa. Dificilmente, amigo mio, podré explicarte lo que me pasó al encontrar dentro del armario de mi mujer las alhajas robadas. El juez no habia mentido; mi mujer no sólo me robaba la paz, sino la honra, mi mujer era una ladrona. Mas tarde conocí los detables del suceso. Largo tiempo hacia que mi mujer, víctima de su pasion por el lujo, habia tratado en vano de adquirir un precioso collar de perlas que lucia en los escaparates de casa de Ansorena. Un dia en que reunió por fin la cantidad deseada, malvendiendo otras alhajas suyas, y cuando iba radiante de alegría á verter un puñado de oro por aquel nuevo é innecesario adorno, se encontró á una amiga suya, que mirándola con sorna y al saber á donde iba, la dijo:—Inútil es que ya se canse V., porque hace ocho dias que ese collar le compré yo y el sábado me lo verá V. lucir en el baile que doy, á la que está V. convidada desde ahora. Una irresistible envidia se apoderó desde entónces de mi mujer, y el dia del baile, al que yo no pude asistir protestando una ligera indisposicion, permaneció en la casa hasta despues de terminar la fiesta, y aprovechando un descuido de su amiga se apoderó del objeto de su codicia. Nadie de seguro se hubiese atrevido á sospechar de ella á no haber dado la providencial casualidad de que se desprendiese el broche del collar al subir en el coche de alquiler que la condujo á casa y que recogió el portero de la de su amiga, diciendo que se le habia caído á mi mujer. En consideracion á mí se dió al proceso la menor publicidad posible, pero no hubo medio de evitar que la culpable fuera

condenada á cinco años de prision mayor, muriendo á los dos meses de estar cumpliendo su condena; hace hoy cuatro dias. Desesperado, triste, arruinado, sin honra ni sosiego, sin objeto ni fin en esta vida, anoche decidí acabar con mi existencia, y á no ser por tí, mi pobre hijo hubiera quedado hoy abandonado.

—Cómo,—exclamé,—¿tienes un hijo y has pensado en matarte? ¿Tienes un hijo, y dices que tu vida no tiene objeto? Anoche te creí cobarde, hoy te juzgo peor; Antonio, vuelve en tí, piensa en esa pobre criaturita que tanto necesita de tus cuidados, enséñale á ser más obediente que tú, y á tener ménos amor propio que su madre, para que pueda ser más feliz, y siempre animado con tu cariño, trabaja y sé buen padre, y los tuyos te perdonarán desde el cielo tu mala cabeza, y Dios te dejará aun gozar de dias de paz y de ventura.

Los malos pensamientos de mi amigo estaban vencidos por completo; un torrente de lágrimas que salieron á borbotones al escuchar mis últimas palabras los habian borrado, dejando, en cambio, escrita en su imaginacion dos magníficas palabras: deber y esperanza. Hoy suelo encontrarle alguna que otra vez llevando de la mano un precioso niño que me saluda con sus deditos, y cuando me ve siempre, me dice:—Mira qué hermoso es mi hijo; cuánto te agradezco el haberme salvado.

No encuentro palabras bastante duras con qué calificar el coquetismo en la mujer; por fortuna, la sociedad paga como debe á la que adolece de este vicio, y este desprecio la es tanto más sensible, cuanto que ataca directamente su única cosa vulnerable; el amor propio. Sepa la que es coqueta, por sí lo ignora, que esa es falta que sale á la cara, y que todos conocen, para reirse de ella á todas horas, y aprendan los jovencitos solteros, que hambrientos de casarse, sólo se enamoran de las beldades bulliciosas; que de tales mujeres sólo se consigue lo que consiguió mi pobre amigo ó algo peor, y que en alardes de hermosura sólo encuentro uno bueno; el de alma. Tal vez alguna se ria de mis reflexiones, y hará mal, porque sobre ser ella la burlada, tendrá que reirse muy bajito para que no la avergüence su propia risa.

LUIS DE SANTA ANA.

UN DRAMA EN EL DESIERTO. (*)

(Continuacion.)

Sin que pidieran nada, un mozo jóven, vestido con ropas de deslumbrante blancura, les sirvió café en pequeñas y pintadas tazas, y sendas pipas de largo tubo, de cerezo, boquilla de ámbar y hornillo de barro encarnado.

Mientras fumaban saboreando el café, cuya deliciosa preparacion sólo conocen á fondo los orientales, el *cicerone*, cumpliendo concienzudamente con su deber, explicaba al viajero cuantos objetos tenian á la vista.

—Entre la montaña de *Bou Kernin*, y el lago,—decia,—vereis agrupadas unas cuantas casas, de planta baja, dominadas por una mezquita que no tiene nada de notable.

A primera vista parece un arrabal de Túnez, y el viajero lo atraviesa sin sospechar que pisa un suelo santo para los musulmanes, porque allí murió un virtuoso varon llamado Radez, cuyo nombre dejó al pueblo.

Para los europeos tambien tiene grandes recuerdos, porque sus miserables casas, su pobre mezquita, se alzan sobre las tumbas de millares de guerreros.

En aquel mismo sitio, Régulo derrotó á Hanno, durante la primera guerra púnica, y justamente en el lugar que hoy ocupa el pueblo, colocó el general cartaginés sus principales fuerzas y la gran masa de sus elefantes.

—¿Veis aquella colina?—preguntó el *cicerone* señalando al lado opuesto del histórico pueblo.

Gomez, ocupado en examinar la taza de café que tenia en la mano, hizo una señal afirmativa.

Esta señal debió satisfacer al guía, que prosiguió:

—Pues allí, sobre aquella colina, estaba la soberbia rival de Roma, la infeliz Cartago, á la cual hareis una visita como hacen todos los viajeros de consideracion, y entonces os enseñaré cosas maravillosas, pues ya veis que estoy bien enterado de todo.

—Me alegro.

—¿Me escogereis para visitar la ciudad?

—Tal vez; pero por lo pronto voy á emplear vuestros conocimientos en otras cosas.

—Mandad, señor.

—Ya que todo lo sabeis, ¿podreis decirme con qué han hecho este maldito café?

El *cicerone*, aun cuando algo mortificado por el

(*) Véanse los números 203 y 204, páginas 23 y 59.

empleo que el viajero hacia de sus vastos conocimientos históricos, doblégándose fácilmente á las circunstancias, explicó detalladamente el por qué la taza contenía casi más polvo que café.

Mientras el *cicerone* hace esta explicación, debemos decir á nuestros lectores que, aun cuando en efecto el café hecho á la moda árabe, conserva en la taza una gran cantidad de borras, esto no quita nada á su excelente sabor, y que el europeo que se acostumbra á tomarlo, no encuentra otro que sea más de su gusto.

Pero como Gomez era la primera vez que tomaba el café á la africana, las borras le interesaron mucho más vivamente que Hanno con sus elefantes y las ruinas de Cartago.

Tranquilo con las explicaciones del *cicerone*, y más que nada con el excelente gusto del aromático brevaje, consumió la porción que le habian servido, acabó de fumar su pipa, pagó el gasto, y se dirigió al coche para proseguir su viaje.

Al poner el pié en el estribo, sintió el galopar de un caballo; volvió la cabeza, y vió que de la Goleta, envuelto en una nube de polvo, avanzaba un jinete.

Gomez habia oído hablar mucho de los caballos árabes; hasta entonces no habia visto ninguno que valiera nada, pero aquél parecia ser bueno y decidió esperarlo.

Poco tiempo despues, el caballo llegó hasta donde él estaba, se detuvo, y el jinete saltó ligeramente al suelo.

Al verlo, Gomez lanzó un grito de alegría y se arrojó en los brazos del recién llegado que lo esperaba con los suyos abiertos.

CAPITULO IV.

Un compañero de colegio.—Túnez.—*Bab el-Fadra*.—Un sepulcro.—Los barrios.—Un traje original.—Un oficial.—Un poco de política en la fonda.

—Voto al chápiro,—exclamó el recién llegado apartándose algunos pasos de Gomez,—¿quién habia de pensar que estabas en Túnez?

—¿No estás tú?

—Yo es otra cosa; soy viajero de una casa de comercio de Barcelona, y vengo aquí bastante á menudo.

—¿Quién nos habia de decir, despues de tanto tiempo, que habíamos de encontrarnos, como quien dice, al fin del mundo?

—Lo ménos hace diez años que no nos vemos.

—Esa será, sobre poco más ó ménos, la fecha; pero dime, ¿cómo estás aquí?

—Por ver lo que era esto.

—¿Luego, eres rico?

—Así, así.

—Esa es la mejor manera de viajar que conozco; sin prisas, sin fatiga, sin economía, y sobre todo sin itinerario fijo. Ese, chico, es mi bello ideal, y lo que pienso hacer cuando tenga bastante dinero para vivir de mis rentas.

Mientras el joven hablaba, habia vuelto Gomez al café, é instado por su amigo tomaba otra taza y otra pipa, sin cuyos requisitos no puede sostenerse en Oriente ninguna conversacion.

Mientras ellos hablan, beben y fuman, aprovecharemos el tiempo presentando á nuestros lectores al recién llegado.

Es, como hemos visto, joven, su figura no es mala, pero su lenguaje, sus maneras tienen un no sé qué de afectado que desagradan desde luego.

A primera vista se conoce que es uno de esos hombres pagados de sí mismos que se escuchan cuando hablan, que estudian sus gestos y ademanes al espejo, y que no salen de casa sin haber aprendido de memoria los chistes y ocurrencias que han de lucir durante el dia.

Como él mismo ha dicho, es comisionista de una casa catalana, por cuyos asuntos se encontraba en Túnez: su nombre es Luis Meneses; y su amistad con Gomez data de muchos años atrás, de cuando estaban juntos en la Universidad; por lo demás, hacia muchos años que no se habian visto y no sabian nada de su posición respectiva.

Mientras hemos dado al lector estos ligeros detalles sobre Meneses, los dos jóvenes se habian contado sus historias y proyectos, y se dirigian hácia al coche.

—Si no vinieras á caballo,—decia Gomez,—iríamos juntos hasta Túnez.

—Eso no importa, chico; tu guía montará en mi caballo y yo ocuparé el asiento con que me brindas.

He tenido que hacer un negocio en la Goleta, y en vez de tomar un coche alquilé este caballo, lo cual me sale más barato y me gusta más.

Conforme lo habia determinado Meneses, el *cicerone* montó á caballo y los dos amigos subieron en el coche, que se puso rápidamente en marcha.

Meneses, que se jactaba de sábio, habia prometido á Gomez ser su guía en la nueva ciudad, y para empezar su oficio le daba algunas noticias sobre la población, cuyas murallas veian á lo léjos.

—Túnez,—decia,—tiene dos leguas y media de circunferencia y está cerrada por fuertes murallas flanqueadas por bastiones.

El mínimo de su población es de 125.000 habitantes, de los cuales 106.000 son moros y judíos; 2.000 italianos, procedentes en su mayor parte de

Sicilia, y sin disputa lo peor que encierra Túnez, pues ellos, por lo general, son autores de todos los robos y muertes que se cometen en la regencia.

De los 7.000 restantes 6.000 son malteses y el resto se reparte entre las demás naciones.

—¿Hay muchos españoles?

—Muy pocos, y esos descendientes, en su mayor parte, de unos carpinteros de ribera que Carlos III mandó á Túnez para que enseñaran á los del país á construir buques.

Ahora vamos á entrar en una ciudad encantada, y no digo esto por que sea en extremo bonita, sino porque en ella verás á cada paso cosas que te han de llenar de admiración.

Este es otro mundo, el mundo de lo maravilloso, de lo terrible, de lo poético.

Por lo pronto, la ciudad tiene una reputación tan merecida como antigua.

Segun Estrabon, Túnez, llamada así por Tito Livio, es mucho más antigua que Cartago, y aun cuando no se sabe á punto fijo la fecha de su fundación, existía ya 1.000 años antes de Jesucristo; pero no adquirió la importancia que hoy tiene hasta que Cartago fué completamente destruida, no sólo por los romanos, sino por los sarracenos, al mando de *Hassan-ben-el-Homaz* ó el *Gasánida*, como le llaman algunos.

Destruída su rival, empezó á florecer, y fué cantada por los poetas con los nombres del *Jadra* (la gloriosa), el *Zahara* (la verde), y el *Baida* (la blanca).

—¿Estamos ya en las puertas!—preguntó Gomez, señalando un arco de herradura sostenido por dos pequeñas columnas de mármol adornadas por hermosos capiteles corintios.

—Esto es *Bab el Jadra*, ó lo que es lo mismo, *Puerta gloriosa*: por ella, como ves, entran en la ciudad cuantas caravanas y carros vienen de la Goleta, y además los carruajes y personas que van al palacio donde el Bey reside.

En efecto, tal era la afluencia de carros, ginetes, camellos y peatones que se apretaban en aquella puerta baja, oscura y sombría como la de un castillo feudal, que el coche tuyo que entrar al paso para no causar multitud de desgracias.

Después de haber atravesado un lóbrego y revuelto pasadizo, entraron los viajeros en una anchurosa calle, y el esplendente sol de África penetró de nuevo por las ventanillas del carruaje. A poca distancia de la puerta, Meneses señaló un edificio cuadrado, blanco como la nieve y cubierto por una cúpula verde.

—¿Ves aquello?—preguntó á su amigo.

—¿Acaso será una iglesia?

—Al ménos es un edificio sagrado para los musulmanes y célebre para nosotros, bajo el doble punto de vista de españoles y hombres civilizados.

—¡Oh! ¿Sabes que picas mi curiosidad? ¿Qué prodigio puede encerrarse entre esas cuatro mezquinas paredes?

—Un sepulcro.

—¿De quién?

—De Aben-Hamet.

—¿Aben-Hamet?—repitió Gomez, arqueando las cejas.

—Sí, hombre, el último de los Abencerrajes.

—¿El héroe del poema de Chateaubriand?

—El mismo.

—¿Puedo verlo?

—Nada más fácil,—contestó Meneses golpeando en el vidrio.

El coche se detuvo, los dos amigos saltaron á la calle, y Meneses, dirigiéndose á un moro de lengua barba blanca que estaba en cuclillas, arrimado á una pared, tomando el sol y pasando las cuentas de su rosario, cambió con él algunas palabras.

El moro guardó su rosario, se levantó perezosamente, y abriendo una puertecita introdujo á los dos amigos en un pasillo estrecho que concluía en un patio cubierto de lirios, adelfas y rosas salvajes, dominadas por una esbelta palmera.

A la izquierda del pasillo estaba una capilla, en la cual no pudieron entrar porque los moros creen una profanación el que los cristianos pisen con sus piés calzados las sagradas losas de su templo.

Los dos amigos pasaron de largo y, siguiendo á su guía, entraron en aquel patio, que muy bien podia pasar por jardín.

En aquel encantador recinto los hombres no habian hecho nada; la Naturaleza era la única que cuidaba de su adorno, cubriendo el suelo con sus más vistosas galas.

En aquel triste cercado, al pié de la palmera, descansando en un lecho de flores, habia una piedra larga y estrecha, sin adornos, sin inscripciones.

Tan sólo en medio de ella, segun antigua costumbre de los moros, habia una especie de concavidad, cortada á propósito por el cincel á manera de una pila.

El agua de la lluvia, recogida en el fondo de aquella copa fúnebre, aplaca la sed de las aves del cielo, que cantan seguras en aquel inviolable asilo sus penas y sus amores sobre la tumba del desgraciado amante de Blanca.

—Aquí reposa el último Abencerraje,—dijo el moro, señalando la piedra; y los dos europeos, movidos por un secreto instinto, se descubrieron respetuosamente ante la losa que guardaba los restos del ilustre granadino.

Después de haber pasado allí breves instantes,

Meneses gratificó al guarda, y los dos amigos volvieron al carruaje, que se puso de nuevo en marcha á través de la ciudad, ofreciendo á cada paso á la vista de los viajeros, objetos nuevos que llamaban su atención, provocando las preguntas del uno y las respuestas del otro.

—Ahora,—prosiguió Meneses,—entramos en el barrio maltés, barrio nuevo, elegante y suntuoso que ha saltado por encima de las murallas del primer recinto, y en breve dejará atrás á *bab el Jaddra*.

Además, Túnez está dividido en tres cuarteles ó barrios; el moro, que ocupa la parte alta de la ciudad, el *Hab el bahar*, que es el que habitan los europeos, y el *Jara* (inmundicia) en que están relegados los judíos.

Mucho tiempo hubiera seguido Meneses hablando sin ser interrumpido, porque hacia también mucho tiempo que tampoco lo escuchaba Gomez.

Con la cabeza fuera de la ventanilla del coche, no tenía, como vulgarmente se dice, ojos suficientes para ver cuanto ante él se presentaba.

Meneses no había mentido. Aquel era, en efecto, el país de lo maravilloso, de lo grotesco y lo poético.

La calle ancha, y cubierta con una espesa capa de lodo, estaba llena de una multitud compacta y bulliciosa que se agitaba en todas direcciones, apartándose apenas para dejar paso al coche, que no podía avanzar sino lentamente.

Aquella multitud era extraña en todo, en trajes como en fisonomía é idiomas.

Entre ellos los había negros, blancos, vestidos con ricos trajes árabes; beduinos vistiendo harapos sin color ni forma; europeos con sombrero de copa y elegantes levitas; judíos con sus grandes hopalandas; griegos, italianos, malteses, en una palabra, allí parecían haberse dado cita cuantos pueblos habitan la superficie de la tierra.

Pero lo que más chocó á Gomez, no era aquella confusión de trajes y tipos, sino algunos que, por lo estrambóticos, sobresalían sobre los demás, sin que fuera posible verlos sin admirarlos.

Sobre la azotea de una casa vió Gomez una mujer, jóven y gruesa, hácia la cual llamó la atención de su compañero.

Aquella mujer, cuyas facciones eran bastante regulares y gratas á la vista, vestía unos pantalones ajustados, y una blusa corta y sin mangas, cuyos faldones apenas pasaban de las calderas; tenía el cabello cubierto por un pañuelo de seda roja, rayado de oro, y por detrás pendía sobre la espalda un velo de seda y oro de un tejido delicado.

Además de la originalidad del traje, tenía éste de extraordinario que una de las piernas del ajustado

pantalón era roja, y la otra blanca, siendo también bicolor la blusa; pero dispuesta de suerte que el pedazo blanco respondía sobre el rojo y vice versa.

—¿Qué es eso?—preguntó á Meneses señalándole aquella especie de arlequin.

—Una judía; veo que te choca su traje, pero ellas creen que es muy elegante, y francamente te confieso, que más me gusta verlas así que vestidas á la europea, porque entonces están tiesas encopetadas como si las faldas embarazaran sus movimientos.

—Así será, chico; pero se me antoja que con ese traje es imposible que una mujer parezca bonita.

—Todo es la costumbre.

—Mucho hace; pero desengáñate, siempre lo feo, será feo: y á propósito, ¿quieres explicarme qué es aquello.

—¿Qué?

—Allí detrás de aquel burro cargado de verduras.

—¡Ah! Ya caigo; te choca ver ese hombre vestido de uniforme con charreteras de oro, arreando el burro.

—Eso es; y haciendo media además.

—Pues chico, ese es un valiente y pundonoroso oficial del ejército tunecino.

—¿Un oficial y haciendo media!

—Y vendiendo verdura. ¿Qué te extraña? Hace ya nueve años que no les pagan, y si otro tanto hicieran con nuestro ejército, ó con cualquier otro de Europa, harían lo que estos, ganarse la vida de cualquier manera.

—Tienes razón, pero los oficiales...

—Son hombres como los demás, y como todos necesitan comer; pero como entre los árabes la idea del honor es completamente distinta de la que nosotros tenemos, los oficiales tunecinos no se creen deshonrados ganándose la vida del modo que les es posible.

—Es extraño que no se subleven.

—¿Quién sabe si acaso se les ocurrirá, antes que tú piensas, esa idea!

—¿Cómo?

—Hay en el país mucha agitación, y todos esperan que de un momento á otro estalle una insurrección imponente.

La civilización es, sin disputa, una gran cosa, pero el hombre necesita acostumbrarse á ella por grados: administrada en una sola dosis y sin preparación alguna, es siempre fatal.

Digo esto, á modo de preámbulo, por que es necesario para que comprendas mejor la situación política del país.

No hace muchos años vivían los tunecinos libres, felices é independientes, como dice la histo-

ria de España, y se regian por sus leyes sin acordarse para nada de sus derechos individuales y fiándolo todo en la justicia del Profeta y en la sabiduría del Bey.

Pero Francia é Inglaterra, movidas por un elevado sentimiento de humanidad, se pusieron de acuerdo para hacer felices á los tunecinos y civilizarlos de un golpe, con cuyo objeto obligaron al Bey á abolir la esclavitud que antes regia en sus dominios y á publicar una Constitucion que habia de hacer la dicha de sus súbditos.

Bien hubiera querido *Mohamet-Bey*, que era el que entonces reinaba, rechazar el regalo que querian hacerle los europeos; pero las dos poderosas naciones estaban tan empeñadas en civilizar á la regencia, y esta tuvo tanto miedo que si se negaba lo hicieran á cañonazos, que cedió magnánimamente á sus deseos proclamando la Constitucion.

Era tal vez la primera, y sin disputa, la más liberal que regia á un pueblo musulman.

La esclavitud quedó abolida.

Se establecieron tribunales civiles, militares, de comercio, y un Consejo Supremo, guardian de las leyes, que fallaba en última instancia las causas vistas ya por el tribunal de revision y cuidaba de la observancia de las leyes.

Este Consejo Supremo no puede deliberar sino reuniéndose cuarenta de sus miembros, cuyo total llega á sesenta.

La tercera parte del Consejo lo componen los ministros y los funcionarios públicos, siendo el resto elegido entre los notables del país.

—Pues, chico, nada de lo que me dices me parece undisparate.

—En Europa todo eso estaria muy bien, pero aquí ha sido muy mal recibido, y te diré por qué.

Cuando dos moros de la ciudad ó del campo tenían entre sí alguna diferencia, montaban á caballo y no paraban hasta el Bardo, que es la residencia del jefe del Estado.

Allí, si era viernes, encontraban al Bey sentado en un divan fumando en una larga pipa con tubo de caña y rodeado de sus grandes dignatarios.

Llegaban los moros, esponian sus quejas, que el soberano escuchaba atentamente, cada uno alegaba sus razones, citaba sus pruebas, presentaba sus testigos, y despues esperaban humildemente.

El Bey entonces conferenciaba con los sábios que lo rodeaban, é inspirándose en el *Coram*, dictaba su sentencia, que era ejecutiva é inapelable.

Los litigantes montaban á caballo y volvian á su *duar* sin ocuparse más del asunto.

Pero desde que empezó á regir la Constitucion, las cosas cambiaron por completo.

El Bey cesó de hacer justicia; vinieron en su lugar alguaciles, jueces, fiscales y abogados: las

causas se enredaron, duraron años y años, como sucede en nuestro hermoso país, y los pobres moros, que son muy aficionados á pleitear, se vieron envueltos en una porcion de litigios y arruinados por aquella nube de aves de rapiña que habia caido sobre ellos.

El contraste era demasiado notable, demasiado brusco el cambio para ser bien recibido.

Hoy los tunecinos se encuentran en la posicion del salvaje que por primera vez en su vida se pone zapatos.

Sienten todos los inconvenientes del calzado, y no gozan de ninguna de sus ventajas.

Mientras hablaban los dos amigos, el coche corria por el barrio maltés, dejaba á la izquierda un bonito paseo, en cuyo centro lucia una fuente de hierro, y próximos á salir al campo torcieron para la derecha, penetraron por una estrecha callejuela, y á los pocos pasos se detuvieron ante una casa.

Gomez y Meneses entraron en un extenso patio cubierto por una montera de cristales.

Allí los esperaba una nube de jóvenes bonitas, limpias y solícitas, que recibieron á Meneses como á un antiguo conocido de la casa.

—Son,—dijo Meneses á Gomez,—las hijas del fondista, muy amables, muy charlatanas, muy curiosas y, gracias á todas estas cualidades, verás como mientras nos sirven el almuerzo sabemos á punto fijo si la inglesa que con tanta obstinacion persigues está ó no en la casa.

Un momento despues, los dos jóvenes habian reparado los desperfectos que el viaje habia causado en sus trajes, y tomaron asiento ante una mesa que se disponia á servir una de las cinco hijas del fondista.

—Y bien, mademoiselle Josefina,—preguntó Meneses, desdoblado su servilleta,—¿ocurre algo de nuevo en Túnez?

—¿Qué ha de ocurrir? Vos que venís de la Goleta debeis darnos alguna noticia.

JOSÉ ALVAREZ PEREZ.

(Continuará)

MISCELÁNEA.

El dia 13 del corriente tuvo lugar en el Paraninfo viejo de la Universidad Central la adjudicacion de los premios que concede mensualmente el Ateneo literario de Madrid, correspondiente al mes de Diciembre último. Obtuvo el primer premio y la medalla de plata D. Justo Sanjurjo y Lopez, por su composicion titulada *Así es el mundo*, cuyo notable trabajo tuvimos el gusto de dar á conocer

á nuestros lectores en el número 200 de la REVISTA EUROPEA, correspondiente al domingo 23 de Diciembre próximo pasado. Los premios segundo y quinto fueron adjudicados á D. Felipe G. Mauriño; el tercero á D. Pedro Rodriguez Ayuso, y el cuarto á D. Liborio Rico.

El numeroso público que asistió á dicha fiesta literaria salió muy complacido. D. Luis Marco y Covera pronunció un brillante discurso alusivo al acto.

La distinguida cantante Srta. Borghi-Mamo, que tan generales simpatías ha sabido granjearse desde que apareció en la escena del régio coliseo, al principio de esta temporada, en la ópera *El Trovador*, ha llegado á ocupar merecidamente el primer puesto entre las artistas que hoy forman la compañía de nuestro teatro lírico. En cada una de las obras que ha interpretado ha conseguido rayar á mayor altura, siendo tal la que alcanzó hace pocas noches al representarse por primera vez en este año la ópera de Rossini *Otello*, y la que continúa alcanzando en las repeticiones de la misma, que se puede asegurar no son ménos brillantes sus triunfos ni más justas las ovaciones de que es objeto, que los triunfos obtenidos en otro tiempo por las Sras. Frezzolini, Grisi, La Grange y Penco, y las ovaciones que estas recibieron del siempre severo é inteligente público que frecuenta el teatro Real.

En la ejecucion de *Otello* acompañan á tan aplaudida prima-donna los Sres. Tamberlick, Padilla, Ordinas y Palermi; los dos primeros interpretando magistralmente sus respectivos papeles, y los dos últimos contribuyendo eficazmente al éxito de la ópera, por el cual se puede felicitar á la empresa.

En el teatro del Príncipe Alfonso han empezado ya los ensayos de la obra con que empezará en breve á funcionar la compañía italiana, contratada por el empresario Sr. Rovira, que será *El barbero de Sevilla*. Cantará la parte de Rossina la señorita Blanca Donadio.

Tambien ha empezado ya á ensayarse la ópera del maestro Chapí, *Roger de Flor*, que será interpretada en el teatro de la plaza de Oriente por la señorita Borghi-Mamo, y los Sres. Gayarre, Padilla y Nanneti. Las magníficas decoraciones que

se han de estrenar en esta obra están ya á punto de terminarse.

El jueves último, aniversario del natalicio de Calderon, se puso en escena en el teatro Español la inmortal obra del célebre dramático, *La vida es sueño*, leyéndose en los intermedios algunas composiciones alusivas al objeto de la funcion.

En el mismo coliseo se verificó el viernes una funcion extraordinaria á beneficio de la iglesia del barrio de las Peñuelas, compuesta de las obras *Un tercero en discordia* y *El maestro de escuela*,

En vista del extraordinario éxito alcanzado el domingo anterior por la tarde en el teatro de Novedades, se vuelve á representar hoy por la noche el drama, *El patriarca del Turia*, en cuya ejecucion conquista siempre grandes lauros el eminente actor D. José Valero.

La comedia del Sr. Gaspar, *La resurreccion de Lázaro*, retirada durante algunos dias de la escena del teatro de la Alhambra, por indisposicion del Sr. Catalina, ha vuelto á representarse y continúa proporcionando merecidos aplausos á su autor.

La zarzuela estrenada últimamente en el desgraciado teatro de Jovellanos, con el título de *La aurora de un reinado*, no ha hecho más que pasar, sin que el público mostrara deseos de conocer el nombre de los autores.

El teatro de la Comedia tambien acaba de experimentar un nuevo fracaso. La obra en dos actos titulada *Agua de cerrajas*, que se estrenó el martes, alcanzó igualmente que la estrenada en el teatro de la Zarzuela.

En el teatro de Apolo se ha vuelto á ofrecer al público, con brillante aceptacion por parte de éste, la zarzuela de espectáculo titulada *La vuelta al mundo*. Creemos que está llamada á proporcionar buenas entradas en los próximos dias de fiesta.